

BOLETIN
DEL
INSTITUTO DUARTIANO



Año II

Octubre-Diciembre 1970

No. 6

SANTO DOMINGO,
Republica Dominicana.

JUNTA DIRECTIVA DEL INSTITUTO DUARTIANO:

Presidente: *Lic. Pedro Troncoso Sánchez*

Primer Vicepresidente: *Lic. Joaquín E. Salazar*

Segundo Vicepresidente: *Lic. Porfirio Herrera*

Secretario: *Dr. Enrique Patín Veloz*

Tesorero: *Dr. Víctor M. Soñé Uribe*

Vocales: *Dr. Virgilio Hocpeiman, Dr. Antonio Frías Gálvez, Dr. Julio Jaime Julia, Lic. Antonio Guerrero Peynado.*

Gobernador de la Casa de Duarte: *Dr. Alfredo Mere Marques.*

BOLETIN

DEL
INSTITUTO DUARTIANO
DIRECCION Y REDACCION EN LA OFICINA DEL PRESIDENTE
DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAM

Año II

Octubre-Diciembre 1970

No. 6

INDICE

LOS FUNDADORES DE LA TRINITARIA por Vetilio Alfau Durán	339
DUARTE EN VENEZUELA por Alfonso Lockward	362
MANUEL RODRIGUEZ OBJIO por Emilio Rodríguez Demorizi	370
EL FUNDADOR por Domingo Moreno Jimenes	382
ROSTROS PATRIOS (poesía) por Antonio Frías Gálvez	384
OBJETIVOS DE LOS CENTROS DUARTIANOS (resumen de disertación por el Pdte. del ID	385
RAMON MELLA por Manuel de Jesús Galván	389
ANTONIO DUVERGE (resumen de charla por el Pdte. del ID)	399
DUARTE MILITAR por Pedro Troncoso Sánchez	408

*Las opiniones emitidas en este Boletín no son necesariamente
las del Instituto Duartiano*



LA TRINITARIA Y SUS NUEVE MIEMBROS FUNDADORES

(Por V. A. D.)

I

¿CUAL FUE EL NUMERO DE SUS FUNDADORES?

“Lo primero era sentir y comprender la Libertad: de ahí el empuje del patriotismo; lo otro, todo lo otro, martirio y heroicidad, y gloria y reveses y triunfos, fueron unas veces las espinas, otras las flores del camino para trepar a la gran causa anhelada”. Mi. Ma. Gautier, (Gaceta Oficial, Núm. 939, S. D., agosto 20 de 1892).

¿Qué se pretenderá con tergiversar la verdad y socavar los cimientos, las bases fundamentales de la asociación genitora de la Independencia Nacional?

Tímidamente aún, aunque ya de una manera trastornadora, vienen soplando ráfagas de incertidumbre en torno a la fecha en la cual fué fundada *La Trinitaria*, así como en cuanto a los nombres de sus fundadores, al número de ellos, y al terrible juramento que prestaran.

“Para ponerlo todo en armonía con el simbolismo del dogma religioso que la cobija, escribió el licenciado don Leonidas

García, a la Sociedad se le dió el nombre de *La Trinitaria* y sus miembro fundadores, que eran *nueve* por ser este guarismo múltiple de *tres*, se dividían al propio tiempo en una base *triple* de *tres* miembros cada una. Los socios fundadores estaba obligados a iniciar en la labor libertadora a dos parientes o amigos, los cuales venían a formar con él una nueva *triada* revolucionaria, operación que sucesivamente estaban obligados a repetir los afiliados. Y el lema de la santa cruzada, como ya hemos visto, era asimismo *uno y trino*. Estas ideas teológicas tenían en Duarte una raíz profunda". (1)

Hablando de *La Trinitaria*, escribió Serra: "La existencia de esta Sociedad será igualmente secreto inviolable para todo el que no sea trinitario, aunque sea adepto". (*Apuntes....*, pág. 12).

Esa noticia la amplió Félix María Delmonte, uno de los *adeptos* o *comunicados*, de la manera siguiente:

"Una sociedad patriótica cuyo objeto único consistía en iniciar prosélitos sin consignación de nombres y cuidando de no revelar jamás el del *caudillo*, empezó desde luego a funcionar con la más asombrosa actividad. Imitación exacta de la célebre conspiración de los *Soles de América* estaba materializada por un círculo cuyo centro ocupaba el Corifeo. El nombre de éste, conocido únicamente por los iniciadores principales, no podía ser descubierto a los otros. Tenía de especialísimo este modo de proceder el que los que daban principio a las iniciaciones estando aislada y misteriosamente en inmediata relación con el centro, no conocían a los otros, ni podían conocer tampoco a todos los que por iniciaciones sucesivas debían ensanchar su radio desde el centro a la circunsferencia. El centro comunicaba privadamente con los primeros iniciadores: éstos sólo conocían a dos de sus iniciados; y aquellos dos no conocían respectivamente más que a los dos que iniciaban a su vez, de entre sus parientes o amigos íntimos y cuyos sentimientos conocían profundamente. De este modo se precavía el caso no probable de una denuncia y se designaba una sola víctima, pues dos hom-

(1) *Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad y en la creación de la República Dominicana*, S. D. Imp. de J. R. Vda. García Suc. 1933, pág. 17.

bres viles no podían convencer de conspiración a otro más que a su iniciador, continuando así la ocupación del radio sin solución de continuidad sensible, sin remoto peligro de disolución". (*Reflexiones históricas*, fragmento reproducido por el Lic. Leonidas García en su folleto *Influencia de la Iglesia Católica*, págs. 16-17).

Las notas que informan el presente trabajo tienen por objeto demostrar que los fundadores de *La Trinitaria*, instaurada por Juan Pablo Duarte el día 16 de julio del año 1838 (2), fueron solamente nueve; y además, que esos nueve fundadores, fueron los únicos que se conocieron y se reconocieron siempre con el sacrosanto nombre de *trinitarios* (3).

EL TESTIMONIO DE JOSE MARIA SERRA.—José María Serra y de Castro, uno de los nueve *trinitarios*, escribió *once veces* que los fundadores de *La Trinitaria* fueron NUEVE, número escogido adrede por Duarte.

En su carta al arzobispo Meriño, fcha. en Mayagüez, Puerto Rico, el 29 de abril de 1883, publicada en la revista *Clío*, Núm. 93, mayo-agosto de 1952, pág. 119, se lee:

I.—“Sus miembros eran no más que los NUEVE que la establecimos”.

II.—“Y, por ser NUEVE, llevó el nombre de *Trinitaria*”.

En su folleto intitulado *Apuntes para la Historia de los Trinitarios, fundadores de la República Dominicana*. Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos, 1887, cuyos originales Serra envió al arzobispo Meriño y cuya edición confió éste al historiador Canónigo y Lic. Carlos Nouel, su Secretario de Cá-

(2) Ya está suficientemente esclarecido de manera incontrovertible y a la luz de fehacientes documentos, que su fundación tuvo efecto realmente en esta fecha, en la casa de doña Josefa Antonia Pérez de la Paz y Valerio, frente a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de esta ciudad. Consúltese el definitivo estudio del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi: *Fecha de Fundación de La Trinitaria*, en la revista *Clío*, núm. 86, enero-abril de 1950.

(3) Como es muy bien sabido, existe una orden religiosa en la Iglesia Católica llamada de la Santísima Trinidad, fundada en 1198 por San Juan de Mata, y la cual tuvo su origen en una triple revelación divina. Sus miembros son los llamados P. P. Trinitarios. (V. P. Antonio de la Asunción: *Los orígenes de l' ordre de la Très Sainte Trinité*. Roma, 1925).

mara y Gobierno, nos encontramos con que la afirmación en cuestión se hace, coincidentalmente, *nueve* veces:

III.—“Y con quién, sino con ella (la Providencia), podíamos contar *los nueve jóvenes* osados que decididamente acometimos la temeraria empresa de arrojar a los haitianos del territorio de que se adueñaron y constituir en él la cuna de la República Dominicana? Cuando ésta nació, lució como ricos pañales los vivos colores de su bandera, en cuyo escudo el lema Dios Patria y Libertad explica suficientemente que sólo confiados en la protección de esa Providencia, llevábamos a feliz término el hecho glorioso que debería coronarse con la regeneración completa de todo un pueblo”. (pág. 8).

IV.—“Esta sociedad se llamará LA TRINITARIA porque se compondrá de *nueve miembros* fundadores, que formarán bajo juramento una base de tres miembros cada una.” (Pág. 11).

V.—“Estos *nueve individuos* tendrán un nombre particular cada uno”. (Página 11). (4)

VI.—“....el cual nadie conocerá excepto los *nueve fundadores*”.

VII.—“El trinitario estará obligado a hacer propaganda constantemente y a ganar prosélitos; así es que éstos, sin asistir a juntas, que son siempre imprudentes, sin conocer de la conjuración más que aquel que a ello lo induce, no podrá en caso de delación comprometer más que a *uno de los nueve*, quedando los otros para continuar trabajando”. (Página 12).

VIII.—“He aquí, me dijo (Duarte), sacando varios papeles del bolsillo: estas son *nueve copias del alfabeto*, una para trinitario”. (Página 12).

IX.—“En nuestras confidencias revolucionarias no habían entrado más que *los nueve* que habíamos de constituir LA TRINITARIA”. (Página 12).

(4) Se conocen solamente cuatro de los nombres simbólicos o seudónimos de trinitarios, los únicos que recordó Ravelo en 1880, y que García consigna en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*. Imprenta de García Hermanos, S. D. 1894, tomo II, p. 171. Esos seudónimos corresponden a cuatro de los nueve que integran la lista conservada por Serra.

X.—“Las *nueve cruces* correspondían, según el orden, a los nombres siguientes: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Pina, Felipe Alfau, José María Serra.” (Página 14).

XI.—“...y cada uno de sus *nueve socios* obligados a reconstruirla, mientras exista uno”. (Página 14).

Las precedentes citas corresponden a la primera edición de los *Apuntes para la historia de los trinitarios, fundadores de la República Dominicana*. Santo Domingo. Imprenta de García Hermanos. 1887.

Cuando en el año de 1883 don José María Serra escribió al arzobispo Meriño la carta ya mencionada, el Prelado hizo publicar su parte fundamental en el periódico más importante y de mayor circulación que había para esa época: *El Eco de la Opinión*, número 204, S. D. 25 de mayo 1883, del cual era director y propietario el repúblico don Francisco Gregorio Billini. La parte principal de esa memorable carta dada a la estampa dice así:

“*La Trinitaria y La Filantrópica* fueron dos sociedades distintas: la primera era exclusivamente revolucionaria; la otra no. Aquella tenía por misión la propaganda. Sus miembros eran no más que los nueve que la establecimos, día del Carmen por cierto, en la casa de doña Chepita Pérez” (5).

El historiador Pbro. don Carlos Nouel afirma que el párrafo transcrito, así como los nombres de los nueve fundadores, publicados conjuntamente en el mencionado periódico capitaleno,

“lo leyeron y aprobaron dos trinitarios que vivían todavía (en 1883), el General D. Jacinto de la Concha y el Coronel D. Juan Nepomuceno Ravelo, ambos personas de ilustrado criterio; lo cual bastaría para fijar la verdad histórica si no fuese suficiente el dicho del Señor Serra a quien abonan un distin-

(5) Doña Josefa Antonia Pérez de la Paz y Valerio, familiarmente llamada *Doña Chepita*, nació en esta ciudad el 2 de marzo de 1788, hija del licenciado Juan Isidro Pérez de la Paz y Goldíñez, nativo también de esta ciudad, y de doña Francisca Valerio. Pasó a mejor vida el día 20 de julio de 1855. (V. nuestra obrita *Mujeres de la Independencia*. Imp. La Opinión. S. D. 1945, así como el documento necrológico publicado en *Clio*, núm. 81, pág. 68).

guido nombre de escritor público (6) y la más honorable reputación que sus virtudes privadas y sociales le han consagrado". (*Advertencia*, que a guisa de introducción puso el Canónigo Nouel al frente del folleto de Serra).

Con la aprobación dada por Jacinto de la Concha y Juan Nepomuceno Ravelo a lo expresado, en cuanto al número de los trinitarios fundadores se refiere y a los nombres de éstos, viene a resultar que el testimonio del desterrado de Mayagüez se convierte de unigénito en trino. Son, pues, tres *trinitarios* los que afirman que el número fundador fué de nueve.

EL TESTIMONIO DE FELIX MARIA RUIZ.—Pero hay otro testimonio, de otro miembro del sacro colegio trinitario, que robustece lo afirmado por Serra y confirmado por Concha y por Ravelo.

En efecto, Félix María Ruiz y del Rosario, quien se había ausentado del país desde que se iniciaron las discordias en el alba de la República y cuya existencia reveló el poeta Francisco Javier Machado en 1890, en carta fha. en Mérida de los Andes, en Venezuela, el 24 de abril del mencionado año (7), dirigida al periodista Federico Henríquez y Carvajal, afirma una y otra vez, de manera categórica, que los fundadores de *La Trinitaria* fueron NUEVE, y consigna igual número de nombres. En esa misma carta habla del

"compromiso escrito y firmado por todos los NUEVE socios"; del lugar ocupado por

"la firma del socio y las ocho de los demás trinitarios".

Y hablando del título o compromiso de los asociados conspiradores, ratifica que

(6) Acerca de este patriota escribió el publicista puertorriqueño doctor Manuel Guzmán Rodríguez hijo: "También debemos incluir aquí el nombre del educador José María Serra, patriota dominicano expatriado de su tierra por causas políticas, quien fue el educador de una generación tomando también parte, con los trabajos de su pluma, en las campañas que se libraban en la prensa por el bien público" (*El Libro de Puerto Rico*, New York, 1923, pág. 1074).

(7) Esa carta se comenzó a publicar en el número 91 de la revista *La Opinión*, S. D., noviembre 1º de 1924; *Documentos antiguos, pub. y notas del Lic. Máximo Coiscou*. Para este trabajo hemos utilizado la copia que se conserva en el archivo del historiador García, hecha directamente del original.

“NUEVE ejemplares se firmaron por todos los trinitarios, librándose a cada cual el que le correspondía”.

“Firmados los NUEVE títulos o compromisos y juramos”. (8)

Pero ya en fecha anterior, en carta dirigida al mencionado Francisco Javier Machado (1852-1921), quien residió largos años en Venezuela, donde se abrió su tumba, el procer Ruiz había escrito lo siguiente:

“Lacerado el corazón, en fuerza de tan prolongados sufrimientos, ay!, llegué a arrepentirme de haber formado con mis dignísimos *ocho compañeros* (que ya no existen) esa atrevida, malhadada, a la par que honrosa, sociedad patriótica revolucionaria, que bautizamos *La Trinitaria* y, siguiendo el ejemplo de Scipión, lancé a mi Patria el terrible sarcasmo de que no guardaría mis cenizas.” (9)

En el periódico *El Lápiz*, número 20, Mérida de los Andes, Venezuela, agosto 27 de 1890, apareció un artículo de carácter informativo debido a la pluma de su director, el conocido publicista meridano Tulio Febres Cordero, intitulado *Hallazgo de un Prócer*, en el cual se recogen las siguientes palabras del trinitario Ruiz:

“En 1838 NUEVE jóvenes dominicanos, patriotas y valientes, entre los que figuraba Duarte, juramos secretamente.... liberar a Santo Domingo”. (10)

(8) El trinitario Félix María Ruiz, en su mencionada carta, escribió: “He perdido en las conmociones políticas de Venezuela, todos mis papeles, incluso mi título del compromiso trinitario”.

Y don José María Serra, algunos años antes que Ruiz, expresó, también por escrito: “Yo tengo enterrada una botella con una nota de trinitarios, un alfabeto convencional y otros papeles relativos a esa Sociedad. Está a la salida del patio a mano izquierda, hacia el rincón, de la casita situada entre la casa que era de las Perdomo y el huño de Mercedes Román, calle del Arquillo al Carmen. La enterré el día que el gobierno haitiano registró la casa de Juan Pina, pues se dijo que a todos nos iban a registrar”. (V. Dr. Alcides García Llubes: *Dos cartas inéditas de Serra*, en el *Listín Diario*, S. D., febrero 27 de 1936, y *Clio*, núm. 93, pág. 123).

(9) Pub. en *El Mensajero*, S. D., marzo 5 de 1890, y en *Clio* núm. 60, S. D., julio-diciembre de 1943.

(10) Ejemplar en nuestra biblioteca. El citado artículo fué reproducido en el *Boletín Eclesiástico*, S. D. abril-junio de 1843; y en extracto, en *Clio*, núm. 33, enero-febrero de 1939.

Como se ve, el trinitario Félix María Ruiz afirmó, reiteradas veces, que los fundadores de *La Trinitaria* fueron solamente nueve.

EL FOLLETO DE BONILLA.—En el año de 1889, ya muerto Serra, apareció un interesante folleto impugnando algunas afirmaciones del noble trinitario. Ese opúsculo impreso en la *Tipografía Comercial*, de esta ciudad, en el citado año, se intitula *Contestación al opúsculo del señor José María Serra* y fué su autor el señor Alejandro Bonilla y Correa (1820-1901), a quien el señor Hostos llamó "hombre buenísimo... tan silencioso, tan modesto, tan humilde". (11)

En la página 4 del mencionado folleto, se expresa que los fundadores de *La Trinitaria* fueron NUEVE.

Al señor Bonilla le causó desagrado el folleto de José María Serra por el hecho de que éste, según entendió aquel, tachó de "frayle extranjero" al R. P. Fray José Antonio Bonilla y Torres, en realidad puertorriqueño, tío carnal del impugnador. Serra acusó al *frayle extranjero* de ser poco amigo de favorecer la instrucción pública. Lo cierto es que el nombre del religioso no aparece en el folleto de Serra, por lo cual la objeción de Bonilla carece de fundamento, si se tiene en cuenta que para los días de la ocupación haitiana, residían en esta ciudad varios *frayles extranjeros* secularizados, o con las debidas licencias para hacer vida de exclaustros.

A Bonilla le desagradó también la omisión de su hermano Pedro Pablo (12) en la nómina de los *trinitarios*.

TESTIMONIO DE EL DERECHO, DE SANTIAGO.—En el año de 1885 se publicaba en la ciudad de Santiago de los Caballeros un interesante periódico llamado *El Derecho*, dirigido por el honorable ciudadano don Federico Augusto González y

(11) Alejandro Bonilla como ejemplo de moral de cada día. Pub. originalmente en *El Normalismo*, núm. 33, S. D. octubre 9 de 1901; rep. por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en *Hostos en Santo Domingo*, S. D. Imp. de J. R. Vda. García Sucs. 1942, tomo II, p. 123; y recogido en *Obras Completas*. Cultural, S. A., Habana, Cuba, 1939, vol. XIII, p. 215. (Bonilla era pariente de Hostos).

(12) El doctor Alcides García Lluberes escribió inadvertidamente que Pedro Pablo Bonilla era el padre de Alejandro, en su estudio *Duarte Ravelo y la Bandera Dominicana*, pub. en *Clio*, núm. 89, p. 41,

Españat. En su edición correspondiente al día 27 de febrero del mencionado año, apareció en sus columnas una nómina de "*Fundadores de La Trinitaria*", en la cual figuran NUEVE nombres.

EL TESTIMONIO DE ROSA DUARTE.—La señorita Rosa Duarte y Díez, hermana del Fundador de la República, no consignó los nombres de los *trinitarios* en sus afamados *Apuntes para la historia de la Isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez*, valiosísimo manuscrito conocido corrientemente como el *Diario de Rosa Duarte*, perteneciente al historiador nacional don José Gabriel García (1834-1910), y en cuyo archivo se conservan amorosamente. (13)

Es realmente extraña la omisión en ese código de los nombres de los fundadores de la célebre asociación patriótica; pero ese resaltante vacío no pudo ser colmado por la señorita Duarte, por una fundamental razón que con toda sinceridad y de una manera espontánea expresó algunos años más tarde, en 1887, cuando se "trató de indisponer su ánimo contra el opúsculo escrito por don José María Serra" (14) que ella

"no tenía una lista de los nombres y del número de los Trinitarios". (15)

(13) Publicado completo y de manera integral, precedido de una introducción crítica acaudalada de eruditas notas por el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, en la revista *Clio* números 62-64, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, enero-junio 1944. Reeditado por el Instituto Duarteano en el volumen inicial de sus publicaciones (*Apuntes de Rosa Duarte, Archivo y Versos de Juan Pablo Duarte*, Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y V. Alfau Durán, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1970, 319 págs.). Anteriormente el precioso código, llamado también *Diario de Rosa Duarte*, sólo se había publicado de manera fragmentaria, desprovisto de introducción y de notas, en diarios, en revista y hasta en un folleto bajo el título de *Diario de Duarte*, Impresora "Editora del Caribe, C. por A." s. a., como "Publicación No. 2" de un "Centro de Acción Social, República Dominicana". 86 páginas.

(14) Lic. Leonidas García: *Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad y en la creación de la República Dominicana*, S. D. Imp. de J. R. Vda. García, Sucs. 1933, pág. 41.

(15) Véase el *Boletín del Archivo General de la Nación*, número 32, S. D. enero-abril de 1944, pág. 36, y *Clio*, núm. 86, S. D. enero-abril 1950, pág. 12.

Cuando apareció el folleto de Serra, Alejandro Bonilla se dirigió a Rosa Duarte en solicitud de una lista de los trinitarios. Desde su residencia de la Ciudad del Avila, en donde vivía dolientemente desde que en 1845 fue arrojada de su suelo natal en unión de su madre viuda y del resto de su familia, en virtud de una orden conminatoria del ministro Cabral Bernal, respondió que no tenía una lista de los *trinitarios*, pero en carta posterior, con la ayuda de un folleto político de 1871, unos versos de su hermano Juan Pablo y de una carta de Juan Isidro Pérez, logró reunir *diez y siete nombres*, haciendo la aclaración de que de ese grupo solamente *diez* fueron *trinitarios*.

La buena fe, la levantada intención y hasta la justa indignación de la angustiada Rosa son evidentes, pero el valor de los *documentos* aducidos por ella, es realmente punto menos que nulo para la reconstrucción de la nómina trinitaria. Así lo demostró, de una manera rotunda y clara, el doctor Alcides García Lluberés en su bien documentado estudio *Duarte, Ravelo y la Bandera Dominicana*, publicado en la revista *Clío*, número 89, enero-abril de 1951.

Don Alejandro Bonilla, el destinatario de la célebre carta de las señoritas Rosa y Francisca Duarte y Diez, no aceptó la flamante nómina que para él había confeccionado Rosa. La desestimó, con toda seguridad, por el escasísimo valor histórico que para el caso tenían los documentos que le habían servido de fundamento.

Tiene interés especial, para el esclarecimiento de la cuestión de que aquí se trata, lo que acerca de los nombres simbólicos y de los colores trinitarios escribió la señorita Duarte.

En efecto, en los *Apuntes* consignó que "los fundadores tenían cada uno su seudónimo y un color por divisa". (16)

Y relatando lo relativo a la divisa de su hermano Juan Pablo, consignó que éste

"pidió la *amarilla*, pero Juan Isidro Pérez le dijo: esa es mía; significa la Patria, la tuya es *azul celeste* que significa Gloria y es la que te pertenece". (*Clío*, núm. 62, pág. 60).

Años después, en 1887, cuando en su segunda carta a

(16) Esto está confirmado por Ravelo y por Serra.

Bonilla le atribuyó erradamente a su hermano Vicente la condición de *trinitario*, escribió:

“ la divisa de mi hermano Vicente era *azul*”.

(*Clio*, número 86, página 12).

Es evidente que si Vicente Celestino Duarte ostentaba en su divisa el mismo color que su hermano Juan Pablo, no cabe duda de que ello se debía al hecho de haber sido iniciado en los secretos revolucionarios por éste en clase de *Comunicado*. La misma Rosa explica que los *reclutas*, o *neófitos* como los llamó Ravelo, ostentaban el color de la divisa del trinitario que los iniciaba:

“Cada día se incorporaban nuevos reclutas en la cruzada dominicana; para dar cuenta de los que se afiliaban usaban el nombre del color de su divisa; así era que cuando el general (Duarte) sumaba el número de los nuevos patriotas decía: tantos *amarillos*, tantos *verdes*, tantos *azules*, y así los demás”. (*Apuntes*, pág. 47).

En cuanto al hecho de que Juan Isidro Pérez llamara a Vicente Celestino “Simón inmortal”, dice el licenciado Leonidas García que existe “la posibilidad de que Juan Isidro Pérez no aluda... a ningún seudónimo, sino que tal vez ha querido comparar a Vicente Celestino con el *Cirineo*, por haber ayudado constantemente a Juan Pablo Duarte, tanto en sus penosas labores revolucionarias como en su ingente desgracia... Cuando marchaban juntos al destierro perpetuo, Juan Pablo se apoyaba a causa de enfermedad, en los brazos de su hermano Vicente y de su sobrino Enrique”. (*Ofrenda Histórica*, por el Lic. Leonidas García, en el *Listín Diario*, número 13,645, S. D. febrero 27 de 1932).

EL TESTIMONIO DE RAVELO.—Aunque ya vimos que el trinitario don Juan Nepomuceno Ravelo aceptó en 1883 que los fundadores de *La Trinitaria* fueron nueve, tenemos que agregar que en 1880, o sea tres años antes, haciendo resaltar no obstante su falta de memoria, había escrito que el número de los *trinitarios* era de DOCE: manifestando que de ellos solamente recordaba SIETE, cuyos nombres anotó; consignando que después de fundada la patriótica asociación fueron lla-

mados otros, cuyos nombres ofrece. (V. *Clio*, número 89, página 40).

Ravelo reconoce, pues, que *trinitarios* solamente fueron los fundadores; y afirma que los llamados después fueron conocidos por el nombre de *neófitos*. (17).

II

¿CUALES FUERON SUS NUEVE MIEMBROS FUNDADORES?

¿Quiénes fueron los nueve miembros fundadores de la asociación patriótica que sirvió de cuna a nuestra nacionalidad?

El primer paso dado hacia la reconstrucción de la nómina de los nueve fundadores de *La Trinitaria* data, que sepamos, del año de 1880; y se debe a Juan Nepomuceno Ravelo de los Reyes, quien apuntó sus recuerdos a solicitud del historiador José Gabriel García, cuya patriótica devoción por el estudio de nuestros orígenes nacionales tuvo su primera manifestación en 1867.

(17) El historiador eclesiástico Pbro., Canónigo y Lic. don Carlos Nouel, amigo del trinitario Pina y su colega en la Suprema Corte de Justicia, a la cual pertenecieron durante la misma época, Pina como **Ministro (Jefe)** y Nouel como **Ministro Fiscal (Procurador General)**, como lo consigna el último en carta al arzobispo Meriño ("Varias veces hablando con Pina, cuando él y yo éramos miembros de la Corte...", escribió Nouel), y como se puede evidenciar hojeando la colección de *El Monitor*, periódico oficial del Gobierno Dominicano, especialmente el núm. 47, S. D., junio 23 de 1863, escribió que después de fundada *La Trinitaria* por los nueve trinitarios, "vinieron otros a cooperar con ella en sus trabajos revolucionarios, pero estos nuevos afiliados se denominaron comunicados". (*Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, S. D., Tip. El Progreso, 1915, tomo III, pág. 5 y *Boletín Eclesiástico*, núm. 774, S. D., febrero 15 de 1902).

El General Juan Francisco Sánchez (1852-1932), hijo de Sánchez, en un *Epítome* que escribió para el doctor Américo Lugo (Publicado por el Lic. Ramón Lugo Lovatón en su obra *Sánchez*, S. D. Editora Montalvo, 1948, tomo II, pág. 357), dice también que *La Trinitaria* tenía "un sistema de iniciación adoptado para enrolar adeptos a la causa de la Independencia. Este sistema consiste en la iniciación o comunicación de dos adeptos por uno que ya lo estuviera, formando de este modo el número cabalístico de tres; los nuevos comunicados como vulgarmente se denominaban a los iniciados, comunicaban, cada uno, dos más y así sucesivamente se iba propagando por este procedimiento el número de adeptos hasta abarcar la casi universalidad de los dominicanos de la Capital".

En 1883 el arzobispo Meriño excitó a José María Serra y de Castro para que escribiera acerca de los orígenes trinitarios. Y más tarde, cuando el poeta y periodista Francisco Javier Machado (1852-1921) descubrió que en la ciudad andina de Mérida, en Venezuela, vivía aún Félix María Ruiz del Rosario, el *último trinitario*, el periodista Federico Henríquez y Carvajal (1848-1952), director de *El Mensajero*, de esta ciudad, escribió al solitario de los Andes suplicándole que aportara sus memorias relativas a la ingente obra de "Juan Pablo Duarte, el verdadero y único fundador —al decir de Manuel Arturo Peña Batlle— de la conciencia nacional dominicana". (Prólogo a *Emiliano Tejera*. Colección Pensamiento Dominicano. Santo Domingo. Librería Dominicana. 1951, pág. 22).

Observa el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, que como no se conserva ninguna acta de los trabajos de *La Trinitaria*, cuanto se refiere a esta ilustre asociación es objeto de controversia. (*Fundadores de La Trinitaria*, en la revista *Clío*, núm. 86, pág. 11); significando además que uno de los puntos más discutidos y de mayor importancia, es lo concerniente a sus fundadores.

Las notas compiladas y que a continuación se ofrecen, tienden a esclarecer el punto.

La lista incompleta de Ravelo.—El trinitario Juan Nepomuceno Ravelo, desde Santiago de Cuba, remitió al historiador García en fecha 13 de noviembre de 1880, una lista de siete nombres de los que, según sus recuerdos, fueron de los fundadores de *La Trinitaria*, consignando que no recordaba los otros, anotando varios nombres de los que les pareció que podrían ser, puesto que fueron de los *adeptos, neófitos o comunicados*.

Esa incompleta lista la ofrece García en la página 171 del tomo segundo de su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*. S. D. Imprenta de García Hermanos, 1894, y es la siguiente:

"Juan Pablo Duarte, iniciador y fundador, bajo el seudónimo de *Aristides*; Vicente Celestino Duarte, José María Serra, Benito González, que usaba el nombre de *Leonidas*; Felipe Alfau

y Bustamante, que tomó el de *Simón*; Juan Isidro Pérez, y el suyo, que ocultaba bajo el seudónimo de *Temístocles*; comprendiendo en el número de los adeptos, por olvido absoluto de los otros dos fundadores, a Pedro Alejandrino Pina, Pedro Pablo de Bonilla, Ramón Mella, Epifanio Billini, Jacinto de la Concha, Pedro Antonio Bobea y Francisco del Rosario Sánchez, confusión que no ha faltado quien por egoísmo o interés personal, o guiado por otros móviles, haya querido hacer mayor todavía”.

La lista, pues, de los siete recordados por Ravelo, es la siguiente:

Juan Pablo Duarte,
Vicente Celestino Duarte,
Juan Nepomuceno Ravelo,
José María Serra,
Benito González,
Felipe Alfau,
Juan Isidro Pérez.

El doctor García Llubeses la reprodujo en la revista *Clio*, número 89, página 40.

Es interesante observar que de estos siete, solamente uno de ellos no figura en la lista ofrecida por Serra, nómina esta última que tres años más tarde Ravelo aceptó como la verdadera, según lo atestiguó en 1887 el historiador eclesiástico Pbro. Canónigo y Licenciado don Carlos Nouel y Pierret (1832-1905).

El testimonio del trinitario Serra.—El 29 de abril de 1883 el trinitario José María Serra, en carta al arzobispo Meriño, escribió lo siguiente:

“*La Trinitaria y La Filantrópica* fueron dos sociedades distintas: la primera era exclusivamente revolucionaria; la otra no. Aquella tenía por misión la propaganda. Sus miembros eran no más que los nueve que la establecimos, día del Carmen por cierto, en la casa de doña Chepita Pérez (un buhío frente a la puerta del Carmen): Duarte, Juan Isidro, Pedro Pina, Felipe Alfau, Juan Ravelo, Jacinto Concha, Benito González, Félix

Ruiz y yo: y, por ser nueve, llevó el nombre de Trinitaria". (*Clio*, núm. 93, página 120).

Tres años después, en su Relación de los orígenes trinitarios, no vaciló en ratificar esa lista de los nueve fundadores de la asociación genitora de la República Dominicana. En efecto, escribió de nuevo lo siguiente:

"Las nueve cruces correspondían, según el orden, a los nombres siguientes:

Juan Pablo Duarte,
 Juan Isidro Pérez,
 Juan Nepomuceno Ravelo,
 Félix Ruiz,
 Benito González,
 Jacinto de la Concha,
 Pedro Pina,
 Felipe Alfau,

José María Serra". (*Apuntes para la Historia de los Trinitarios, Fundadores de la República Dominicana*, S. D. Imprenta de García Hermanos. 1887, pág. 14).

La confirmación de los trinitarios Concha y Ravelo.— Cuando la lista de los trinitarios fundadores, conservada en su memoria por don José María Serra, se hizo del dominio público, insertándose por disposición del arzobispo Meriño en *El Eco de la Opinión*, núm. 204, S. D. 25 mayo 1883, el periódico más importante y de mayor circulación en el país para ese entonces, no solamente

"la leyeron y aprobaron dos trinitarios que vivían todavía, el General D. Jacinto de la Concha y el Coronel D. Juan Nepomuceno Ravelo, ambas personas de ilustrado criterio; lo cual bastaría para fijar la verdad histórica si no fuese suficiente el dicho del señor Serra a quien abonan un distinguido nombre de escritor público y la más honorable reputación que sus virtudes privadas y sociales le han consagrado",

como lo atestigua el historiador eclesiástico Canónigo y Licenciado Carlos Nouel (1832-1905), sino que también fué leída

con toda seguridad, por varios de los que fueron cooperadores de Duarte y de los trinitarios, tales como el poeta Félix María Delmonte, que la aprobó de una manera categórica, los generales Juan Alejandro Acosta y Pedro Valverde y Lara, entre otros que todavía pagaban tributo a la vida terrena.

Una lista de 1885.—Un interesante periódico del Cibao, *El Derecho*, que veía la luz pública en Santiago de los Caballeros bajo la dirección del honorable ciudadano Federico Augusto González Espailat (18), en su edición correspondiente al 27 de febrero del año 1885, insertó en sus columnas la siguiente rónima de "Fundadores de *La Trinitaria*":

Juan Pablo Duarte,
 José María Serra,
 Ramón Mella,
 Juan Isidro Pérez,
 Felipe Alfau,
 Benito González,
 Jacinto de la Concha,
 Félix María Ruiz,
 Pedro Alejandrino Pina".

Ignoramos la fuente de esta lista, pero cabe recordar que varias ciudades de la región cibaeña, tales como La Vega, Santiago, Puerto Plata, Cotuí y San Francisco de Macorís, fueron centros visitados por delegados *duartistas* durante la activa labor revolucionaria que culminó con la proclamación de la República.

(18) Maestro, periodista y magistrado de limpia y fecunda actuación, nacido en Santiago de los Caballeros el 18 de septiembre de 1858, hijo de don José Marcelino González y de su esposa doña Leocadia Espailat. Fué discípulo del educador, patriota y literato don Manuel de J. de Peña y Reinoso, y consagró su juventud al magisterio y al periodismo en su ciudad natal. Además de *El Derecho*, fundó *La Redención*, que después dirigió don José J. Hungría. Durante la administración del general Ulises Heureaux se mantuvo alejado de la vida pública, y a la caída de éste, fué llamado por el presidente Jimenes a formar parte del Gobierno, en el cual sirvió honestamente el ministerio de Hacienda y Comercio. En 1908 fué nombrado juez de Instrucción del Distrito Judicial de Santiago y permaneció en esas funciones hasta su muerte, ocurrida el 13 de abril de 1923 en su ciudad natal (V. biografía suya por el Lic. Miguel Joaquín Alfau en la revista *Temis*, año 1, número 7, Santiago, abril 10 de 1918).

En la misma edición del citado periódico santiagués, aparece la siguiente lista de "Fundadores de la Sociedad La Filantrópica":

Juan Pablo Duarte,
Francisco Martínez de León
José María Serra,
Félix María Ruiz,
Félix María Delmonte (19),
Pedro Alejandrino Pina,
Juan Isidro Pérez,
Jacinto de la Concha,
Benito González".

Recuérdese que "*La Trinitaria* y *La Filantrópica* fueron dos sociedades distintas", ambas fundadas por Duarte, "la primera era exclusivamente revolucionaria", pero en realidad, perseguían un mismo fin: la Independencia Nacional. Como es muy bien sabido, la segunda se fundó mucho después que la primera.

Por otra parte, es curioso observar que la lista de "fundadores de *La Trinitaria*" aparecida en *El Derecho*, sólo difiere de la de Serra en que aquella pone a Mella en vez de Ravelo.

(19) El propio Juan Pablo Duarte ofrece el más claro testimonio de que fué a la sociedad *La Filantrópica*, y no a *La Trinitaria*, a la que perteneció Félix María Delmonte. En efecto, en carta dirigida a éste, escribe:

Conténtate con saber que aun vive el tesorero de la *Sociedad Filantrópica*, y vive para su Patria, para sus amigos y consocios" Y ratifica:

"Nosotros, repito, los individuos de la *Sociedad Filantrópica*". (P. Clío, núm. 62, enero-junio 1944, página 56 y 119).

Como se hace evidente, Rosa no estuvo acertada cuando en su carta a Bonilla le atribuyó a Félix Ma. Delmonte la condición de trinitario, o sea la de miembro fundador de la *Sociedad Trinitaria*. Cabe agregar, en relación al imaginario segundo grupo de juramentados, lo que Federico Henríquez y Carbajal escribió: "Don Félix María Delmonte, gran admirador de Duarte y gran amigo de Sánchez, nos manifestó que sólo podía asegurar, al respecto, que él no figuró en ese grupo si acaso lo hubo". (Duarte. Imprenta San Francisco. S. D. 1944, pág. 25. Publicación de la Academia Dominicana de la Historia). Todo, pues, concurre a indicar que las flamantes versiones relativas a un segundo grupo y a una segunda reunión de trinitarios el mismo día 16 de julio de 1844, pertenecen al imperio de la ficción.

La lista de Rosa Duarte.—La señorita Rosa Duarte y Diez, hermana del Fundador de la República, declaró categóricamente en el año 1887,

“que no tenía una lista de los nombres y del número de los trinitarios” (20);

pero en ese mismo año, en carta posterior dirigida a Alejandro Bonilla, en vista de cuatro documentos que menciona y que tuvo a la vista, escribió lo siguiente:

“Los Trinitarios son:

Juan Pablo Duarte,
 Juan Isidro Pérez,
 Pedro A. Pina,
 Presb. Dr. J. Ant. de Bonilla,
 Ramón de Mella,
 Francisco R. Sánchez,
 Tomás de la Concha,
 El Presb. Carrasco,
 Vicente Celestino Duarte,
 Félix Ma. Delmonte.

Diez, según mis documentos. Y como hermana del Decano de los fundadores de la República, de acuerdo con mi conciencia declaro que me consta que fueron del número de los Trinitarios, que se juramentaron el 16 de Julio de 1838, los Sres.

Felipe Alfau,
 Juan Ravelo,
 Pedro de Bonilla,
 Félix Ruiz,
 José Ma. Serra,
 Nepomuceno Tejera,
 Benito González” (21).

Y más adelante agrega:

“Hay uno que me parece que fué Trinitario: no lo nombro, porque no estoy segura: creo que fué Trinitario porque Juan

(20) Boletín del Archivo General de la Nación, número 32 enero-abril de 1944, pág. 36.

(21) V. la revista *Clio*, núm. 86, enero-abril de 1950, página 12.

Pablo me preguntó un día si era de los perjuros; dudo que Ud. (Alejandro Bonilla) y Epifanio Billini y *Jacinto de la Concha* no sean Trinitarios, pero como no estoy segura siento no poder afirmarlo”.

Salta a la vista la confusión e incertidumbre de la anciana señorita Duarte al trazar las líneas transcritas.

Examen de los documentos aducidos por Rosa.—En la mencionada carta la señorita Duarte, hace una enumeración de los documentos que le sirvieron de base para la confección de su lista de trinitarios. He aquí sus palabras:

“La sociedad Trinitaria fué instalada el 16 de Julio de 1838, en una casa de Doña Chepita Pérez de la Paz, a las once de la mañana.

“Principiemos por los documentos que tengo a la vista. El primero (por la fecha) es una carta de Juan Isidro Pérez a Juan Pablo (fecha en Cumaná el 26 de Julio del 46); al concluir la carta dice: “*A Simón inmortal*, el ilustre Vicente, que tenga esta por suya”; los Trinitarios tenían un seudónimo, y la divisa de mi hermano Vicente era *azul* (22).

“El 2o. documento es un folleto publicado en el año de 1871: en la segunda nota dice: “En el elemento liberal figuraban en primera línea Juan Pablo Duarte, Francisco R. Sánchez,

(22). En cambio, en sus *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo*, y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez, y “en donde se se ve a cada paso la huella de su mano”, códice conocido como el *Diario de Rosa Duarte*, escrito muchos años antes que la Carta a Bonilla, escribió Do. Rosa Duarte que al Fundador le correspondió “en las divisas, la azul, color de cielo” (Clío, núm. 62, pág. 19); y en otro pasaje del mismo manuscrito ofrece los siguientes pormenores: “La divisa que le tocó fué azul, color de cielo; pidió la amarilla, pero Juan Isidro Pérez le dijo: esa es mía: significa la Patria, la tuya es azul celeste que significa Gloria y es la que te pertenece” (Lug. cit. pág. 60). Como se ve, existe una contradicción entre lo escrito en dos partes de los *Apuntes* y lo estampado en la Carta de 1887.

En cuanto al hecho de que Juan Isidro Pérez, en su citada carta a Duarte, llame “*Simón inmortal*” a Vicente Celestino, “uno de nuestros claros próceres, cuyos méritos se olvidan a causa del gran valer de su hermano” (Dr. Américo Lugo: *Figuras americanas*, en la revista *Bahoruco*, núm. 187, S. D., Marzo 24 de 1934, pág. 14), observa el licenciado Leonidas García que existe “la posibilidad de que Juan Isidro Pérez no aluda en dichos párrafos a ningún seudónimo, sino

Ramón de Mella, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, el Presb. Dr. Dn. José Antonio de Bonilla y otros patriotas no menos ilustres”.

“Sigamos con los documentos:

“El 3o. es una carta que Juan Pablo le escribe al Sr. D. Félix Ma. Delmonte a Puerto Rico. En la carta le decía: “El Presbítero Carrasco, cura de la heroica villa de los Llanos, cooperó con nosotros a la fundación de la República” (23).

que tal vez ha querido comparar a Vicente Celestino con el Cirineo, por haber ayudado constantemente a Juan Pablo Duarte, tanto en sus penosas labores revolucionarias como en su ingente desgracia... Cuando marchaban juntos al destierro perpetuo, Juan Pablo se apoyaba a causa de enfermedad, en los brazos de su hermano Vicente y de su sobrino Enrique”. (Ofrenda histórica, en el *Listín Diario*, número 13.645, S. D., febrero 27 de 1932)

En efecto, el propio Juan Pablo Duarte ofrece el siguiente testimonio:

“1844. Setiembre 10.—A las seis de la tarde, rodeado de numerosa tropa, bajamos al muelle. Yo iba enfermo con las calenturas que había traído de Puerto Plata. Me apoyaba para poder andar en los brazos de mi hermano Vicente y su hijo Enrique”. (Diario, en la revista *Clio*, núm. 62, página 39). Doña Rosa, anota: “Stbre. 10.—Rodeado de numerosa tropa baja al muelle de brazo con su sobrino Enrique y su hermano Vicente”. (Luc. cit., pág. 66).

Juan Isidro Pérez, el “fiel y denodado amigo” de Duarte, iba en el grupo, camino también del exilio.

(23) Publicada por primera vez en *El Mensajero*, núm. 88, S. D., febrero 27 de 1885. Como observa el Licenciado Leonidas García, “en este pasaje no se afirma, pues, la condición de trinitario del Padre Carrasco, y una exacta interpretación literal de aquel *Postscriptum* sólo hace ver que los servicios a la patria de dicho sacerdote y su condición de cura de la heroica villa de San José de los Llanos estaban íntimamente unidos en el pensamiento de Duarte, lo cual se aviene muy bien con la primacía que tiene esa común en la historia de la Independencia y con lo que nos refiere García, en la página 204, del volumen 2º de su *Compendio de Historia de Santo Domingo*, acerca del gran ascendiente ejercido por el Padre Carrasco sobre los habitantes de la parte Este de la provincia de Santo Domingo en las elecciones que ganó el pueblo dominicano al elemento oficial haitiano el día 15 de junio de 1843, de imperecedero recuerdo”. (*Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad...*, pág. 44. Pub. originalmente en *Clio*, núm. 5, septiembre-octubre de 1933). El pasaje de la mencionada carta de Duarte no fué copiado a la letra por su hermana Rosa en esta ocasión. Aquel escribió: “presidió con nosotros a la formación de la República” y esta: “cooperó con nosotros...”, diferencia señalada por el Licenciado García en su citado estudio.

"4o. documento. En unos malos versos dedicados por pedimento mío a Tomás de la Concha, Juan Pablo le decía: *los que de libertad blasonar podemos. Los que a la patria libertar juramos*. Los juramentados fueron fundadores de *La Trinitaria*".

Un fervoroso y digno investigador de nuestros orígenes republicanos, el doctor Alcides García Lluberés, en un ensayo sobre *Duarte, Ravelo y la Bandera Dominicana*, publicado en la revista *Clío*, núm. 89, enero-abril de 1951, página 42, analiza concienzudamente la mencionada carta y se expresa así:

"Empero, esa carta de Rosa Duarte no tiene el carácter de formidable fuente histórica que le atribuye D. Emiliano Tejera. En ella dice Rosa: "En mi anterior le manifesté que no tenía una lista de los nombres y del número de los Trinitarios etc.", y por otra parte, ninguno de los documentos que ella invoca para justificar su nómina de los *primeros trinitarios* es fehaciente. Fijaos en la prueba que Rosa aduce para incorporar con éstos a Francisco del R. Sánchez, a Ramón Mella y al Presb. Dr. José Antonio de Bonilla. Héla aquí: "El segundo documento (de los en que Rosa se apoya para hacer sus afirmaciones) es un folleto publicado en 1871: en la segunda nota dice: "En el elemento liberal figuraron en primera línea Juan Pablo Duarte, Francisco del R. Sánchez, Ramón de Mella, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, el Presb. Dr. Dn. José Antonio de Bonilla y otros patriotas no menos ilustrados". El folleto a que se refiere la imaginativa Rosa es el *Bosquejo de la Vida Política de Báez*, publicado en los Estados Unidos. José Gabriel García dejó constancia escrita de que él fué quien escribió ese opúsculo, menos su ofensivo Prólogo y algunas notas de igual índole que se le añadieron. Apolinar Tejera le aseguró a Leonidas García que ese prefacio y apostillas se los agregó al mencionado folleto Fernando Arturo de Meriño. Los otros documentos traídos a colación por Rosa para afianzar sus dudosas atestiguaciones, no son más convincentes".

En el mismo estudio, justificando la condición de *trinitario* de Jacinto de la Concha, utilizando correctamente las mis-

mas pruebas aducidas por Rosa en favor de Tomás, hermano de aquél, el doctor García Lluberes señaló lo siguiente:

“Digimos que de la obra poética de Duarte se deduce claramente que Jacinto de la Concha fué *trinitario fundador*: transcribamos esa convincente prueba, en que se advierte también que Jacinto se alistó primero que Tomás en las libertadoras filas trinitarias. Leámosla:

Soy templario, nos decías un día,
Jacinto entonces de la Patria amada,
y en sacro fuego el corazón se ardía,
y Ozama el alma se sentía abrasada.
Tomás entonces con placer te oyó,
y el alto honor de ser primera ofrenda
como un templario merecer juró
en la sagrada nacional contienda”.

“El propio Juan Pablo Duarte, en los dos serventesios antes copiados, da a entender indudablemente que Tomás de la Concha abrazó la cruz de gules arrebatado por el estuoso ejemplo de su hermano Jacinto”.

Es evidente que en el presente caso, los cuatro documentos aducida por Rosa Duarte carecen de una manera absoluta del valor reconstructivo que ella le supone.

El folleto de Bonilla.—El señor Alejandro Bonilla, uno de los firmantes de la *Manifestación* del 16 de enero de 1844, destinatario de la famosa carta de Rosa Duarte, dejó también una lista de los que él consideró como los nueve trinitarios fundadores de la asociación *duartista*. Esa lista es la siguiente:

“Juan Pablo Duarte,
Vicente Duarte,
Pedro Pablo de Bonilla,
Juan Isidro Pérez,
José María Serra,
Benito González,
Félic Ruiz,
Juan Nepomuceno Ravelo
y Felipe Alfau”.

la cual aparece en la página 4 de su folleto *Contestación al opúsculo del señor don José María Serra*. Santo Domingo, Tipografía Comercial, 1889.

A Bonilla le mortificó el hecho de no ver figurar en la nómina de los trinitarios a su hermano Pedro Pablo, quien parece que realmente fué, no de los *trinitarios*, sino de los *comunicados* o *neófitos*. También creyó Bonilla que Serra, al hablar de la negativa de un *fraile extranjero* a continuar las clases que había iniciado el Pbro. José María Sigarán en el antiguo Convento de Santa Clara, aludió a su tío el P. Fray José Antonio Bonilla y Torres, nombre que no aparece en el folleto del solitario de Mayagüez.

Ahora bien, si al autor de la *Contestación*...le constaba que el Padre Bonilla fué un servidor de la instrucción pública, que una y otra vez, a su regreso de España y a su vuelta de Haití, estableció gratuitamente clases en las cuales ofrecía el pan de la enseñanza, no hay fundamento bastante para suponer que Serra aluda a él cuando señala a cierto "*frayle extranjero* que con tiempo disponible y condiciones favorables" se negó a continuar la labor del P. Sigarán, sacerdote venezolano, según unos, puertorriqueño según otros, cuyas órdenes sagradas recibió aquí de manos del arzobispo Valera.

Bonilla, en su lista de trinitarios, pone a Vicente Celestino Duarte y a su hermano Pedro Pablo Bonilla en lugar de Jacinto de la Concha y de Pedro Alejandrino Pina, únicas modificaciones que hace a la de Serra.

Como se habrá notado, Bonilla no le dió acogida a la lista que para él confeccionó la señorita Rosa Duarte. (24).

(Continuará en el próximo número)

(24) Esa carta era ya para 1894 muy conocida. De ella "hizo copia D. Emilliano Tejera, quien agregó al final: "El original de esta carta lo tiene D. Manuel de Jesús Galván, a quien se lo dió D. Alejandro Bonilla". (Lic. E. Rodríguez Demorizi: *Fundadores de la Trinitaria*, en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 32, Enero-Abril de 1944, pág. 38). El señor Hostos en la serie de artículos que acerca de Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos dió a la estampa en 1892, en *La Patria*, de Valparaíso, Chile, revela que le era conocida. (*La Cuna de América*, Habana, Cuba, Cultural, S. A., 1939, pág. 229. Vol X de sus *Obras completas*).

SOBRE DUARTE EN VENEZUELA

Por Alfonso LOCKWARD

Desde hace años vengo estudiando lo poco que se sabe sobre la vida, el carácter, los pensamientos y los hechos de Duarte y voy pasando de asombro en asombro al comprobar que si bien su fascinante historia presenta lagunas, hay informaciones acerca de él que son campo para ulteriores investigaciones.

En efecto, en los apuntes y en los escritos de historiadores y articulistas dominicanos, aparecen, invitando a la investigación, una buena cantidad de nombres de personas y lugares, referencias e inferencias que, a lo mejor, podrían conducir al investigador acucioso a la determinación de muchas cosas que darían luz sobre la vida de Duarte.

Muy especialmente es importante conocer la vida de Duarte en Barcelona (España) y en Venezuela. En Barcelona, porque allí estudió y se formó su personalidad. En Venezuela, porque prácticamente fue su segunda patria, donde vivió su terrible exilio, siempre soñando con la República que fundó su genio.

Trataremos en este trabajo sobre algunos puntos relacionados con la vida de Duarte en Venezuela. Sólo a título de ejemplo de las muchas cosas que están esperando la visita inquiriente del historiador.

Lo hacemos, sin la frialdad veterana del científico de la historia, pero con el entusiasmo del aficionado y la pasión del enamorado duartista. Y lo que haremos es, básicamente pre-

guntar, pues las afirmaciones las harán, más tarde, aquellos a quienes Clío honró con su don.

¿En cuáles sitios estuvo Duarte en Venezuela?

Está ya determinado (?) que estuvo en La Guaira, Caracas, Coro, Cumaná, Puerto Cabello, Valencia y San Cristóbal.

Se tiene entendido que estuvo por el Río Negro, sin que sepamos exactamente en cuál de las muchas aldeas existentes a lo largo de ese río en territorio venezolano. Por los Apuntes, sabemos que se avecindó en el Apure, a causa de su amistad con el Padre Sanjení. Entonces, puede resultar interesante preguntar:

¿Quién era el Padre Sanjení?

Da la apariencia de que este sacerdote ejerció gran influencia sobre Duarte. Sin embargo, hasta hace poco, no sabíamos absolutamente nada de él.

Afortunadamente hemos encontrado algo en archivos históricos venezolanos. Su nombre completo era Juan Bautista Sanjení. Era procedente de Portugal (precisamente, Duarte dijo que con él aprendió el portugués). Hemos podido constatar que anduvo ejerciendo su ministerio espiritual en muchas localidades de la cuenca del Orinoco. De manera específica localizamos que trabajó en Capanáparo, Guasimal, Guanarito, Mantecal, Caicará y Achaguas. En esta última localidad, en el 1853, hizo un inventario de las propiedades de la iglesia, del cual se conserva copia calzada con su firma.

Todos estos pueblos se encuentran diseminados en una región cuyo centro es San Fernando de Apure, la ciudad principal durante muchas décadas, que hoy es la capital del Estado de Apure. No hay duda pues, que Duarte estuvo viajando por San Fernando de Apure y que acompañara al Padre Sanjení en una, varias o todas las demás localidades mencionadas.

Pero, ¿cómo saber con certidumbre cuál fue la residencia de Duarte durante los últimos años de su exilio, antes de que

regresara a Caracas? Es menester continuar indagando. Haremos un esfuerzo por encontrar datos adicionales en un próximo viaje a la ciudad de San Fernando de Apure y a Achaguas que son, a mi juicio, las que presentan mejores perspectivas para esta investigación.

¿Quién fue el Doctor Elías Acosta?

Duarte lo llama su amigo varias veces y no cabe duda que protegió en diversas maneras a nuestro patricio. Parece ser que colaboró económicamente para la causa dominicana. Y en un momento en que esa colaboración iba dirigida más bien a sufragar gastos personales de Duarte, quizás en momentos de estrechez económica, Duarte prefiere venderle, con muchísima pena, una obra de Geografía Universal que había estado estudiando durante mucho tiempo.

Si los datos que hemos obtenido son correctos, el Dr. Elías Acosta nació el 14 de noviembre de 1816. Fieron sus padres don Francisco José Acosta y doña Rafaela Fonseca. Estudió Derecho Civil y Ciencias Políticas graduándose en la Universidad Central de Venezuela en el año 1838.

En el año 1862, durante corto tiempo el Dr. Elías Acosta fue rector de la Universidad Central de Venezuela. ¿Estará relacionado este hecho con la oferta que se le hizo a Duarte de que optara por el título de Doctor en Derecho en esa Universidad? No lo sabemos. Pero, de todos modos, este ilustre venezolano merece nuestro agradecimiento.

El Dr. Acosta ocupó diversos puestos políticos de mucha importancia. Precisamente, desde uno de ellos trató de colaborar con los propósitos de Duarte, cuando repentinamente salió del cargo. Sabemos que ofreció a Duarte una posición en el gobierno venezolano, lo que éste rechazó porque era necesario que renunciara a su ciudadanía dominicana.

Si se investiga más sobre este personaje quizás se llegue a saber el origen de su amistad con Duarte y quien sabe cuales otras cosas. Conviene, pues, continuar buscando también en este punto. Preguntándonos, además,

¿Se conserva en Venezuela la colección de libros vendida por Duarte al Dr. Elías Acosta?

Parece que será difícil hallar respuesta a esta pregunta. Pero quizás los descendientes del Dr. Elías Acosta sepan algo.

En nuestra opinión esta obra de Geografía Universal tiene que haber sido algo muy valioso, no un simple librito de geografía. De otra manera, no se explica que Duarte la vendiera.

Precisamente, visitando el año pasado la ciudad de Barcelona, dediqué varios días a la lectura de periódicos de la época en que Duarte estaba en dicha ciudad. En el "Diario de Barcelona" del 20 de enero de 1831, encontré un aviso relacionado con la publicación de un "Diccionario Geográfico Universal". Esta obra estaba siendo publicada mediante el sistema de suscripción por entregas, como se acostumbraba hasta hace poco para cierto tipo de libros. El anuncio señalaba las librerías donde los señores suscriptores debían ir a recoger el nuevo capítulo. Pensé, conociendo el amor de Duarte por los libros, que era muy difícil que a él se le escapara esta oportunidad y sentí la curiosidad por localizar esta obra. Tras buscar en varias bibliotecas, al fin encontré un ejemplar en la Biblioteca Central de Barcelona. A continuación su ficha bibliográfica:

DICCIONARIO GEOGRAFICO UNIVERSAL

Dedicado a la Reina Nuestra Señora (Q.D.G.)
 ...Por una sociedad de literarios: S.B.M.F.C.L.D.
 Barcelona — Imprenta José Torner 1830 — 1834
 Tomo I - X ..

¿Será esta, por ventura, la obra (10 tomos) que Duarte vendió al Dr. Elías Acosta?

Si no lo es, tiene que haber sido una parecida. Me dediqué pues a indagar en Venezuela sobre el particular. Finalmente, hemos detectado en la Biblioteca Nacional de Venezuela, en Caracas, un ejemplar de esta colección. Se nos indicó por carta que se encuentra en malas condiciones y que precisamente en estos días iba a ser encuadernado. Rápidamente escribimos al Director de la Biblioteca pidiendo que antes de hacer la en-

cuadernación se procure chequear si hay alguna inscripción que permita establecer la procedencia de esta obra. Todavía no hemos obtenido respuesta, pero la investigación continúa en los archivos de la mencionada biblioteca.

Pero Duarte tenía muchos amigos, y no precisamente personas de baja condición. Entre ellos tenemos a Marcos Guzmán.

¿Quién fue Marcos Guzmán?

Según lo testimonian Rosa y Francisca Duarte, hermanas de Juan Pablo Duarte, este señor les suministró "...la cantidad de \$600.00 sencillos.... para atender a los muchos gastos que por espacio de un año tuvimos que sufragar en la asistencia de la penosa enfermedad y más después el entierro de nuestro hermano el General Juan Pablo Duarte."

Este mismo señor aparece entre los firmantes del aviso invitando al entierro de Duarte, que apareció en el "Diario de Avisos" de Caracas el sábado 15 de julio de 1876.

Nada sabemos de él. Pero los amigos venezolanos de Duarte, que dieron al Fundador de la República lo que por mucho tiempo su patria le negó ¿no merecen nuestra gratitud? Me parece, pues, que también en este caso conviene que continúe la investigación, para las adecuadas aclaraciones y vindicaciones históricas.

Por cierto, que en el ya citado aviso, aparecen, conjuntamente con las de la familia Duarte, las firmas de los señores Presbítero Francisco Tejera, Dr. Federico Tejera, Francisco Tejera, Felipe Tejera, Miguel Tejera y Andrés Tejera.

¿Quiénes eran estos señores? ¿Parientes de nuestro don Emiliano?

Valdría la pena responder a estas preguntas.

¿Existen en Venezuela objetos que hayan pertenecido a la familia Duarte?

Parece que sí. Como es sabido, Romualdo Duarte, hijo de don Vicente Celestino, casó con una viuda, doña Francisca Ro-

dríguez de Cosgaya, de cuyo matrimonio hubo un único fruto, Matilde, quien a su vez casó con don José Ayala. De esta última, la descendencia es abundante, conociéndose dentro de ella distintas personalidades intelectuales y de mucho prestigio en aquel país.

Don Miguel Ayala Duarte, que debe tener hoy aproximadamente 86 años, recuerda muchas de las tradiciones de la familia y tiene en su poder un libro de Gramática Latina de J. de Iriarte, 5ta. Edición, Madrid, 1708, que perteneció a Juan Pablo Duarte y en cuya última página aparece la firma del Padre de la Patria.

Precisamente, este señor narra que Duarte, en sus últimos momentos dijo: "¿Esto es la Muerte?".... y murió.

Don Miguel Ayala Duarte ha publicado, "De Mis Ocios", libro de poemas; y "Brizna de Paja al Viento", novela; así como también un libro de crítica de literatura venezolana.

Es posible que doña Graciela Ayala de Antón, hija de don Miguel Ayala Duarte, residente en Barcelona, España, conserve libros que pertenecieron a Duarte. También es posible que conserve una fotografía de Juan Pablo Duarte. No sabemos cuál. ¿Será la mismo que conocemos y que le fue tomada a Duarte en Caracas en el Estudio Volta?

Don José Ayala Duarte, ya fallecido, escribió una obra sobre "Derecho Minero" que todavía se usa como texto en la Universidad Central de Venezuela. En su casa se conservan cuatro hermosas sillas que la familia Duarte llevó a Caracas cuando salieron al exilio desde Santo Domingo. Se tiene conocimiento de que otros objetos más fueron cedidos a unas monjas de la ciudad de Caracas, pero se desconoce su actual paradero.

La señorita Cecilia Ayala Duarte, escritora venezolana, conserva cartas de su madre Matilde, nieta de don Vicente Celestino. Además, conserva un retrato de su abuelo Romualdo Duarte. Ya que no tenemos una fotografía de don Vicente Celestino, de quien hay tanto que investigar y que escribir ¿no valdría la pena que conociéramos la fotografía de uno de sus hijos?

Se tiene conocimiento de que la señora Andrea María González, viuda de don Crispín Ayala Duarte, también resi-

dente en Barcelona, España, conserva objetos y documentos relacionados con Duarte.

¿No valdría la pena que se realizaran las investigaciones pertinentes?

Todo lo que se relacione con Juan Pablo Duarte, cualquier detalle, por minúsculo que parezca, merece la atención de los dominicanos.

¿Cuáles actividades desplegaba Duarte en Venezuela?

No compartimos la idea de que Duarte se fue a las selvas del Orinoco sin tener contacto con su familia abandonando a su suerte a su madre y a sus hermanas. Sabemos que viajó mucho y que incluso de esos viajes llevaba apuntes de interés antropológico, que lamentablemente se han perdido. Sabemos que practicaba el comercio, no sabemos si con éxito.

He oído decir que Emiliano Tejera relataba la historia de que una vez Duarte, viajando en uno de aquellos inmensos ríos de Venezuela, tuvo que lanzarse al agua conjuntamente con todos los pasajeros del bote en vista de que una fiera había brincado desde la orilla hasta la embarcación, amenazando la vida de todos los presentes. Así perdió su equipaje y quién sabe cuáles valores.

Pero es claro que sus condiciones económicas no fueron siempre paupérrimas, puesto que don Emiliano Tejera dijo que a "principios del 62 (abril 10) Duarte, a quien la Revolución de la Federación venezolana redujo a la miseria supo en las soledades del Apure que la patria era otra vez esclava". Parece ser que las finanzas tuvieron sus altibajos y que un hecho revolucionario o las condiciones de la región en tiempos de la Revolución de la Federación hizo que perdiera sus posesiones o sus ingresos. Un hombre de la preparación de Duarte, que no vaciló en decir que recuperaría su hacienda gracias a sus conocimientos en materia de negocios, especialmente de marinería, de seguro que imaginó formas de ayudarse a sí mismo y al sostén de su familia, aunque estuviese en tan inhóspitas regiones.

Todas estas cosas, y muchas más que no hemos mencionado, nos hacen pensar que la investigación de Duarte en Vene-

zuela es una cantera muy poco explorada. Esto no se justifica, tratándose del Padre de la Patria.

Por esta razón, quisiera sugerir al Honorable Instituto Duarteano, lo siguiente:

1. Que se hagan gestiones frente al gobierno dominicano para que se envíe una persona, de reconocida capacidad en la materia, para profundizar en las investigaciones acerca de Duarte en la hermana República de Venezuela. Esta investigación debería también extenderse a la ciudad de Barcelona, España.
Dentro de cinco años, en el 1976, se cumplirán cien años de la muerte de Duarte. Ojalá que para esa época conozcamos más sobre su vida en la patria de Bolívar.
2. Que se haga un esfuerzo por localizar e incorporar al patriotismo dominicano los objetos, documentos, fotos, etc., que reposan en manos de descendientes de la familia Duarte en Venezuela. Naturalmente, siempre contando con la buena voluntad y el entendimiento de esta ilustre familia. Muchas de esas cosas deberían estar siendo exhibidas hoy en los salones de ese Honorable Instituto.
3. Que una vez detectados los lugares donde Duarte posó su planta de viajero, o donde desarrollara sus actividades comerciales, que se realicen actos y se coloquen tarjas conmemorativas, si es posible haciendo una "Peregrinación Duarteana" por los lugares venezolanos que vieron pasar al ilustre patricio.
4. Que una vez identificadas las personas que ayudaron al Padre de la Patria mientras vivió en Venezuela, que se les haga algún tipo de reconocimiento, en la manera que ese juzgue más apropiada. Quien honró a Duarte, honró a los dominicanos, y la honra con la honra debe ser pagada.

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE RODRIGUEZ OBJIO

*Discurso pronunciado por el Académico
LIC. EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI
el 19 de diciembre de 1938.*

Señores Académicos,
Señoras y señores:

La Academia Dominicana de la Historia ha confiado a la pobreza de mi palabra el alto y honrador encargo de ofreceros, en este día de merecida glorificación, el elogio del poeta, historiador y periodista, soldado y mártir de la libertad que fué Manuel Rodríguez Objío.

Nunca mayor zozobra para mi pensamiento, huérfano de las fuertes alas requerida, para seguir en toda su agitada trayectoria la órbita de aquella solitaria estrella que brilló por un instante en nuestro firmamento, y que luego se hundió, como todos los astros de nuestro cielo, en los abismos de la desesperanza y de la muerte.

En Rodríguez Objío se cumplió el triste sino con duro ensañamiento: fué poeta, y le convirtieron en soldado; fué soldado, y le arrastraron a las oscuras tribulaciones de la política; fué prócer, y le arrojaron a injusta prisión; fué gladiador y heraldo de la libertad, y lo llevaron al patíbulo.

Empero, aquella vida, segada en la flor de los años, hoy se alza ante nosotros como en sus días de gloria, vencedor de sus crueles adversarios, y le ofrece a las generaciones del presente el aleccionador ejemplo del patriotismo, de la juventud y del talento, debatiéndose generosamente en aquel caos social del que sólo Duarte pudo salir inmaculado.

De familia esclarecida por el nombre y la virtud, el 19 de diciembre de 1838 nació Manuel Rodríguez Objío en esta legendaria ciudad que fué también su dramático sepulcro. Apenas contaba un lustro cuando la aurora de la patria llevó a su tierno espíritu la primera impresión. Su alma recogió de aquella luz encendida en las espesas nieblas del cautiverio; sus ojos infantiles vieron flotar la enseña trinitaria donde la víspera señoreara el odiado estandarte de los dominadores; su corazón participó del patriótico enardecimiento de los moradores de la vieja ciudad de los Colones en la mañana de Febrero; todas las fibras de su ser, en extraña tensión, afinaron el cordaje sonoro de su sensibilidad, y a destiempo hubo en él ese fecundo y misterioso génesis que se produce en las grandes almas en supremos instantes. Cuando Eros, el dios alado, tocó a su pecho con la dorada punta de sus flechas, ya la patria le había transmitido los mágicos alientos de la musa heroica, y le había robado sus primeros arpegios junto con sus primeros ayes.

Vió al triste Duarte, al infortunado Sánchez, al intrépido Mella, a Pérez y a Pina, arrojados como materia inmunda hacia el destierro; vió tristezas y desazones donde antes florecía el patriotismo; y vió, según sus propios versos,

*La perla de Colón gemir exhausta
pudiendo apenas sacudir osada
la cerviz por sus hijos abatida.*

Y así, llenándosele el alma de oscuras pesadumbres, dejó el hogar a los catorce años, ya huérfano de padre, y fué a errar por la orilla del Hudson, en enero de 1855, temprana peregrinación que le preparó para la vida, templando su carácter, tan independiente y tan altivo, como era su espíritu de indomable y ardoroso. Apenas había salido, entonces, de las aulas del Colegio de San Buenaventura, abierto en 1852, donde

recibió las doctas enseñanzas del Pbro. Gaspar Hernández, de Félix María del Monte y de Alejandro Angulo Guridi.

En 1854, bajo el absolutista señorío de Santana, la juventud capitalina fundó la Sociedad AMANTES DE LAS LETRAS. Organo de esa benévola agrupación, a la que perteneció Rodríguez Objío, fué el periódico literario EL OASIS, claro manantial en amargas soledades, en esa oscuridad en que el más leve rayo de luz era como una aurora que jamás pasaba de ser una esperanza.

Al malograrse las ilusiones de paz y de progreso de la meritoria sociedad, Rodríguez Objío se trasladó a la ciudad de Azua, por el año de 1856, y al siguiente año, arrastrado por los acontecimientos políticos que ensangrentaron el país, se vió de improviso con el arma al hombro en aquellas luchas de hermanos contra hermanos. ¡Triste destino el de esa juventud aleccionada en tan aciaga escuela! Del campamento de Mangagua, donde perteneció al Estado Mayor del General Santana, entonces al frente de las tropas que sitiaban a Santo Domingo, pasó Rodríguez Objío a servir las funciones de Secretario del Ministerio de Interior y Policía, cargo que renunció cuando la Sociedad Amantes de las Letras, cobrando nueva vida, fundó el periódico literario FLORES DEL OZAMA, en que el joven poeta publicó, entre otros trabajos literarios, algunos de sus versos patrióticos y su bello estudio acerca de "si César fué un bien o un mal para Roma", que todavía pueden leerse con deleite.

Mientras la musa erótica y sentimental ejercía su fácil preeminencia en casi todos los bardos de su generación, Rodríguez Objío extendía sus alas por regiones más altas cantándole a la Patria, a la religión y a la fe que animaba su espíritu. Pero no fue extraño a las influencias de dos grandes poetas, lo que explica, en parte, su azarosa vida. El mismo lo declara en sus Memorias: "El genio y la naturaleza de Espronceda me entusiasmaban. Cuando tuve noticia de Byron me enamoré perdidamente de él".

Nuevas vicisitudes, como siempre, le arrebataron del lar nativo y le llevaron a la solitaria isla de Saint Thomas, ya en los días precursores del crimen de la Anexión a España.

Encontróse allí con el glorioso y desdichado Francisco del Rosario Sánchez, con quien le unía honda amistad.

El joven poeta fué a visitarle. "Es preciso —le dijo Sánchez— que cooperes en evitar esa anexión vergonzosa que no es sino una traición infame manejada por Santana y sus esbirros".

"General, —respondió Rodríguez Objío—, cuente Ud. conmigo; y aún cuando la oposición a este acto diera por resultado el advenimiento de Báez, no me vería Ud. vacilar. Cualquier hombre es preferible a una dominación extraña".

"Así te quiero, Manuel", contestó Sánchez, que bien debía ser objeto de su amor todo el que amara su bandera.

Después de la tragedia de San Juan, perdida toda esperanza de redención, Rodríguez Objío volvió a su Patria; se hundió en la soledad del campo, y estuvo en apartado retiro hasta que, hallando eco en su sensible corazón las dianas de Capotillo, y anticipándose a la persecución de que fué objeto, logró embarcarse para Curazao el 17 de septiembre de 1863, precisamente el mismo día en que hacían su entrada a Santo Domingo las primeras tropas españolas vencidas por los restauradores.

De Curazao pasó a Caracas, el 7 de octubre, y allí, el joven patriota que poco antes había estado junto a Sánchez, ahora estaba al lado de Juan Pablo Duarte, heridos sus corazones por el mismo dolor y por las mismas ansias. ¡Qué extraterrena irradiación bañaría su espíritu en la augusta presencia de aquel Mártir!

Rodríguez Objío, que ostentaba a la sazón las charreteras de Capitán del ejército dominicano, recibió entonces, de manos del Fundador de la República, el despacho de Coronel.

Ambos se entregaron de inmediato a la tarea de recabar del gobierno del General Falcón recursos para la guerra contra España, largas gestiones que fueron poco menos que infructuosas. El 16 de febrero de 1864 salieron para Curazao y de allí, pocos días después, se embarcaban con el General Mariano Díez, Vicente Celestino Duarte y el Comandante Candelario Oquendo, rumbo a las costas dominicanas. ¡Hermosa odisea la de estos Ulises del patriotismo, juguetes del mar en frágil embarcación perseguida de cerca por el vapor español Africa!

Un liberal español, un ignorado hidalgo, de esos que luchan por la justicia aun en contra de su Patria, los condujo a las playas de Monte Cristi, y de allí tomaron el camino de Santiago a ponerse a disposición del Gobierno Provisorio, entonces presidido por Pepillo Salcedo.

Rodríguez Objío fué destinado inmediatamente al Campamento del Sur, a las órdenes del General Manuel María Castillo, jefe de aquel sector, donde ganó, a fuerza de abnegación y de denuedo y sirviendo arriesgadas comisiones, los primeros laureles de su proceridad, y donde, el héroe de Santomé, luego sustituto del General Castillo, le confirmó el grado de Coronel que le había sido otorgado por el egregio Duarte.

En aquellas horas de crisis de la revolución, cuando se iniciaron las frustradas negociaciones entre los restauradores y el General la Gándara, Rodríguez Objío fué designado Plenipotenciario del Gobierno Dominicano y enviado con tal calidad a Monte Cristi, en compañía de otros generales, misión inútil en aquel piélago de opiniones tan opuestas.

Tras la reacción que le costó la vida a Pepillo Salcedo, el General Gaspar Polanco asumió la Presidencia de la República en armas, y Rodríguez Objío, que frisaba entonces en los 25 años, cuya personalidad ya cobraba merecida notoriedad, fué nombrado, el 5 de octubre de 1864, Ministro de Relaciones Exteriores, y seis días después, General de Brigada.

Con actividad pasmosa y sin ejemplo, a la vez que servía las funciones de su Ministerio, se entregaba fervorosamente al periodismo, que contribuyó en tan alto grado a imprimirle a la revolución el solemne carácter nacionalista de que carecía. Desempeñaba por la frontera una importante comisión, cuando en Dajabón le sorprendió el movimiento que derrocó la dictadura de Polanco. De regreso a Santiago, el 31 de enero de 1865, fué cargado de grillos junto con sus compañeros de gabinete.

No fueron días de ociosidad los de la cárcel: dejó en su DIARIO emocionantes páginas, rebosantes de ardor patrio y de su fe en el triunfo de la causa dominicana.

Al concedérsele la libertad, por no existir cargos contra él recibió la orden de ponerse bajo el mando del General Cabral, a cuyo campamento de San Juan llegó el 17 de abril. Po-

cos días después entraron las tropas revolucionarias a la ciudad de Azua y luego, el 12 de julio, a Santo Domingo, victoria que tendría para él, sin embargo, su inevitable acíbar: su madre y su esposa habían sido objeto de la saña del General la Gándara, quien las condujo como rehenes al vapor VASCO NUÑEZ DE BALBOA, en compañía de otras familias dominicanas víctimas de la ira española de esos días.

Al finalizar la guerra de la Restauración, Rodríguez Objío no logró apartarse de la política ni dejó de inmiscuirse en las contiendas fratricidas, condenables si se consideran como productos de barbarie o como rémoras de la civilización y del progreso, pero muy nobles y muy justificadas si se estudia el fondo nacionalista que las animara casi siempre. Nadie juzgó como José Martí esas revueltas que le dieron al pueblo dominicano el título de belicoso, consagrado por el historiador Estévez. En una página desconocida, al referirse Martí a nuestras guerras, según él en "apariencia mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mundo, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen", exclamaba: "No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Bien idas están, y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países! pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen su mayor decoro! Allí, donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados".

Afortunadamente para su nombre, Rodríguez Objío aparecerá siempre en esas luchas al lado de los próceres más íntegros: en el partido azul o partido nacional, heredero de la porción más pura de la legión restauradora.

A fines de 1865 servía el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Gobierno de Cabral, cuando el cándido Protector le franqueó las puertas de la Presidencia a Buenaventura Báez.

El antiguo Mariscal de Campo español le tuvo entonces por amigo y le designó su Delegado en el Cibao. No se aprovechó de su amplia autoridad para servir egoístas intereses de partido, ni para medrar y enriquecer su hacienda, sino para reanimar la desmedrada hueste nacionalista y para defenderla de injustas persecuciones, lo que le valió reproches del mismo Báez.

Para contener las inusitadas demasías del General Lovera, aquel célebre gobernador de Puerto Plata que le dió solemne sepultura a su caballo, Rodríguez Objío fué designado para ocupar la gobernación de ese Distrito, cuando ya se agitaba la conspiración que derrocaría al Presidente Báez. “En aquella ciudad —dice el poeta José Joaquín Pérez— donde nunca Báez ha podido contar con partidarios, casi se le obligó a que diese el grito de rebelión contra aquel mandatario, secundando el movimiento iniciado en otros puntos del Cibao”.

Corría el año 1866. Desde Puerto Plata, que se había pronunciado contra el gobierno, despachábase un barco hacia las Islas Turcas en busca de Gregorio Luperón, caudillo de la revuelta, jubilosamente recibido en su pueblo natal el día 28 de abril. Entre la ardorosa muchedumbre estaba Rodríguez Objío, ajeno a lo que significaría en su vida aquella escena, principio de sus mayores infortunios. A su palabra, la del Gobernador, por ser la primera autoridad, y por existir entre él y Luperón los viejos fuertes vínculos de la manigua en la guerra restauradora, le fué confiada la salutación del ilustre soldado de la libertad. Entre los jubilosos vítores y los marciales acordes de la música pronunció, frente al héroe, su fatal discurso:

“CIUDADANO GENERAL: La Providencia que ha conducido hasta aquí mis pasos, me destinó, sin duda, a recoger y depositar en vuestras manos el pabellón glorioso que por segunda vez levantásteis con heroico denuedo, como símbolo de libertad. Cuando por una desgracia inexplicable el partido nacional tuvo que inclinarse bajo la manchada planta de los españolizados, yo deploré en el fondo de mi alma aquel suceso: pero a la vez que el corazón me impulsaba a rechazar noblemente el gobierno de un traidor, la cabeza me ordenaba seguir una conducta distinta... En esa lucha de mi corazón y mi cabeza el triunfo fué de la segunda.

“Yo siempre había sido designado como enemigo del Mariscal Báez. El ostracismo, la cárcel me amenazaban de cerca. El destino que cupo a todos los hombres de la Restauración mis compañeros, ese mismo debió caberme; más negro si se quiere: vos, ciudadano General, sabéis la razón.

“Queriendo esquivar la persecución y ser útil a mis compañeros de glorias y de reveses, mentí fidelidad al nuevo amo: aquel hombre, enemigo eterno de mi Patria y de mis amigos, tuvo la debilidad de creermé, encomendándome una misión de importancia en el Cibao, y más tarde el gobierno civil y militar de esta plaza que debía ser el camino de vuestro triunfo.... Los sucesos han coronado mis deseos, pues al primer grito de los míos he estado en aptitud de asegurarles este importante Distrito, y abriros las puertas de la Patria. Mucho he sufrido moralmente, ciudadano General, habiéndome visto condenado a hacer un nuevo sacrificio en obsequio del gran partido nacional: el de mi conciencia torturada. En lo futuro, ciudadano General, estoy dispuesto a renovar el sacrificio de mi sangre como soldado.

“El 25 de este mes pude arrojar definitivamente el disfraz, encabezando el pronunciamiento de esta Plaza: en tal hecho el espíritu nacional me ha guiado. A LOS TRAIADORES ES PRECISO HERIRLOS A TRAICION.

Ciudadano General, después de consumada la obra puedo aseguraros que mi mayor satisfacción es presenciar el triunfo de mis colegas, al cual he cooperado eficazmente: ninguna recompensa me prometo por ello; cual que sea el puesto que yo ocupe, bendeciré siempre a los hombres de la Restauración, y seré uno de los mejores apóstoles del partido nacional. Entre el Mariscal Báez y el compañero y amigo del héroe de La Canela no puede existir lazo alguno.

“¡Vivan los héroes de Capotillo!”

Tal fué el memorable discurso, grito desbordante de fervor patriótico, tan irreflexivamente censurado. En el enjuiciamiento de ese acto jamás deberían descontarse las circunstancias que lo rodearon: fué en un pueblo radicalmente adverso a Báez; era la lucha del partido nacionalista, surgido de la Restauración, contra el partido rojo cuyo jefe había ostentado la faja de

Mariscal de Campo español; y ser fiel a Báez habría sido, a la postre, ser fiel a la República. Entre ser indiferente a la Patria o al mandatario en cuyo pensamiento ya germinaba el nefando crimen de la Anexión a los Estados Unidos de Norte América, optó por ser desleal al desleal a la nación. Y así, aquel joven, que apenas contaba 27 años, cegado por el inevitable magnetismo que irradiaba la personalidad de Luperón, tan fuerte y poderoso que influiría en esos altos espíritus que fueron Hostos y Betances, le entregó la plaza de Puerto Plata y le abrió a la revolución el camino de la victoria.

Para vindicarse del dictado de traidor con que sus adversarios quisieron infamarle desde entonces, decía: "la exaltación del momento puso en mis labios un discurso que sólo podía ser acogido en el instante en que fué pronunciado. Su impresión desacreditó su sentido y lo que en una situación fue un acto de abnegación generosa, o de energía brutal, tomó las apariencias de una inmoral fanfarronada.... Mis enemigos no perdieron la ocasión de herirme con mis propias armas. Yo había sido bastante imprudente para suministrárselas. Bien visto, dos absurdos resaltan en mi alocución: el primero consiste en asegurar que había mentido fidelidad a Báez, cuando a la verdad jamás tuvo este hombre la ocasión de inquirir sobre mis opiniones.... El segundo absurdo consiste en calificarme de traidor hiriendo a otros traidores. No hay traición —dice Saint Remy— sino cuando se combaten o los principios o la Patria".

Esa mal entendida lealtad, fanáticamente profesada al General Santana, fué lo que convirtió al heroico Puello, a Suero, a Valerio, a Valverde y a los tantos más, en servidores de España en contra de su patria. Esa misma lamentable incondicionalidad, consagrada a Buenaventura Báez, a la que se sustrajo Rodríguez Objío, fué también la que puso, anticipadamente, en manos de antiguos próceres, la bandera de las franjas y las estrellas con que Báez quiso sustituir nuestra bandera.

Bendita sea, pues, la infidencia de Rodríguez Objío, y benditos sean los infieles de tan noble linaje!

Arma al hombro, junto a Luperón, Rodríguez Objío se fué a la guerra. Combatió denodadamente en La Cumbre y siguió en todas las vicisitudes de la campaña, ora escribiendo,

ora peleando, siempre al lado de su héroe; al advenir la paz, dejó el arma y fundó el periódico santiagués LA VOZ DEL CIBAO, heraldo del nacionalismo contra las continuas intrigas del partido baecista, que acaudillaba aquel malogrado estadista que fué Buenaventura Báez, tan admirable en su primer gobierno como vituperable en los postreros.

Los acontecimientos de principios de 1868 lo arrojaron de nuevo a las desolaciones del destierro. ¡Cuántas congojas y peligros los de esta angustiosa peregrinación!

Desde el Ozama, antes que sufrir de nuevo el ominioso régimen de Báez, cerca de cien personas abandonaron la orilla del Ozama con sólo esperanzas de miseria y de muerte. Fué el memorable viaje hacia el árido desierto islote de Guaiguasa, en cuya travesía fué arrojado al mar, víctima del cólera que infestaba las costas venezolanas, el Presbítero Dionisio Valerio de Moya.

Dos poetas, compañeros en la aciaga aventura, Rodríguez Objío y José Joaquín Pérez, sentirían crecer en su pecho el odio a Báez, en el dantesco espectáculo: el cuerpo inanimado, ceñido el oscuro hábito sacerdotal, hundirse como un ánora humana en la soledad y el misterio del océano, tras el responso de las olas.

Rodríguez Objío no quiso permanecer en los nostálgicos ocios del ostracismo, y muy pronto se trasladó a la capital haitiana con el propósito de unirse a los que allí conspiraban contra Báez, pero perseguido por Salnave, a instigación del mismo Báez, logró escapar hacia los Estados Unidos de Norte América. De allí pasó a las Islas Turcas, cuando Luperón se preparaba nuevamente a levantar el estandarte de la infortunada rebelión que le costó la libertad al desdichado poeta, y luego la vida.

El 14 de marzo de 1871, cuando salía de las fragosidades de Capotillo haitiano, con los 45 patriotas que acompañaban a Luperón en su protesta armada contra el proyecto de Anexión a los Estados Unidos fraguado por Báez, Rodríguez Objío escribió el himno llamado de Capotillo o de la Restauración, convertido, con música improvisada, en canto de guerra de aquellos héroes.

Derrotadas las tropas revolucionarias en el memorable combate de El Pino, por los campos de Guayubín, Rodríguez Objío fué hecho prisionero y condenado a muerte. "La hora de la venganza —escribía José Joaquín Pérez en 1875—, había sonado ya!" El General Juan Gómez, bajo cuya custodia generosa emprendió el camino de Santo Domingo, hizo inútiles esfuerzos por salvarle la vida. En Santiago, en todos los pueblos del trayecto, empeñáronse en que no se realizara la ejecución del joven prócer, digno de esa gracia por su acrisolado patriotismo, por su edad y por las dotes de su preclara inteligencia. La resolución de Báez era irrevocable. Ni lágrimas ni ruegos, ni las súplicas del cuerpo diplomático y consular, ni las logias masónicas, ni el llanto de las damas que se arrojaron a los pies del inmutable mandatario, ni el dolor de la madre infeliz, llorosa e implorante, ablandaron su corazón. Nunca una lágrima, arrancada por tan intensa angustia, cayó sobre piedra tan fría como esa alma endurecida por el agravio, y empequeñecida por la más siniestra de las venganzas!

La tradición conserva todavía el pesaroso recuerdo de aquellos días de duelo para los acongojados moradores de esta vieja ciudad, tan heroica y tan sensible y tan humanitaria aún en los más terribles trances de su historia. Una dama extranjera, de ilustre nombre y singular belleza, fué la escogida para que hablase a nombre del grupo de damas que se acercó al Presidente Báez a rogarle por la vida del poeta, que ya estaba en capilla. Arrojóse la bella mujer a las plantas de Báez, pero él no oyó la palabra trémula de la hermosa, ni vió sus ojos suplicantes; sólo vió la tentación de esa beldad de carnes opulentas, entre cuyas sedas, en aquella postura, se ofrecían a sus ojos las incitantes cimas del seno tembloroso; y aquel hombre, indigno del gesto de Friné, sensual por instinto, vencedor de la piedad, se sobrepuso al natural despertamiento de su sangre y exclamó alzándola del suelo:

"Levántese, señora! Si su hermosura pudiera defenderme del enemigo, yo lo perdonara..."

Al día siguiente, 18 de abril de 1871, las balas fratricidas desgarraban el corazón de Manuel Nemesio Rodríguez Objío: no se acobardó frente a la muerte; no gimió ni suplicó; sere-

namente despidióse de familiares y de amigos; encomendó su alma al eterno, y sus ejecutorias al desapasionado juicio de los hombres.

Junto a la lira ensangrentada, para siempre silenciosa, quedó inerte aquella carne joven que animaran un noble y alto espíritu y una inteligencia esclarecida, en plena florecencia.

Mañana, cuando se conozcan las poesías, en parte publicadas, de este poeta que fué, en cierto modo, precursor de la insigne Salomé Ureña, y corran impresas sus extensas e importantes obras aún inéditas: las RELACIONES, y la VIDA POLITICA Y MILITAR DEL GENERAL GREGORIO LUPERON E HISTORIA DE LA RESTAURACION, escritas con admirable estilo, habrá de reconocérsele como uno de los más brillantes escritores dominicanos de su tiempo. Se conocerá, también, cuanto hizo por la Patria y cuáles fueron los sueños y las glorias malogradas en él al apagarse, en el patíbulo, la desdichada estrella de su vida.

Al siglo de nacer, el Gobierno de la República, la Academia Dominicana de la Historia, la posteridad reconocida, se prosternan reverentes y devotas ante la tumba de quien fué, como el Cantor del Niágara, poeta, historiador, periodista y prócer de la libertad, en el breve espacio de una vida aciagamente malograda.

Ya es la hora de su resurrección. Que así como le despertaran las bélicas cornetas en los épicos amaneceres de la manigua, en la cima del legendario Capotillo o entre las ruinas de Santiago, hoy le despiertan las dianas de la inmortalidad!

EL FUNDADOR

Tributo y llamada

Por D. Moreno Jimenes

En la historia de la República Dominicana no han faltado héroes probos y excelsos. En el aluvión de tantos sucesos, la planta de excepción ha dejado su huella en muchos caminos que ha abonado el tiempo con sus hechos. Pero hay uno, sobre todo, cuyo desinterés sólo es comparable con sus infortunios; cuya abnegación sólo es comparable con su patriotismo. Ente que tiene más de divino que de humano y cuyo recuerdo pone en la voluntad la acción reivindicativa, y en la mente la incomparable luz del bien, y en los ojos, extáticos, el Jordán de las lágrimas que no se secan.

Su desasimiento por el mundo y su falta de ambición a la hora del éxito, pueden conducir a un torcido modo de ver. El creador de la Trinitaria; el milagroso despertador de la conciencia cívica del pueblo; el astuto realizador de la trama independentista, parecía lógico que quisiera asumir la Jefatura del Nuevo Estado. Ocasión hubo en que el General Ramón Matías Mella le ofreció el aguerrido Ejército de Santiago para la culminación de este propósito. Pero él prefirió anularse antes que se ensangrentara la querida tierra de sus afanes y sus luchas, en una guerra fratricida. Su alejamiento del poder ha sido a veces mal interpretado. Muchos han visto

en cierto modo en él una flagrante falta de energía. Pero ahí está su obra, hirviente y dinámica, llena de ardor y fuego patriótico, a la cual se asoman trémulas de devoción y ahinco las nuevas generaciones.

La investigación histórica y el agudo sentido de la crítica desapasionada, están presentando al mundo la fisonomía auténtica de Duarte. Tan grande en la acción como en el sacrificio; tan ecuánime en el triunfo como en el martirio.

La ejemplaridad de su figura brilla como una estrella de inextinguible claridad en el cielo de América, muchas veces manchado por las nubes de la maldad y sacudido sin piedad por los cataclismos de la inquina y el odio. Juan Pablo Duarte es algo santo y noble que por la singularidad de su vida, parece más hijo del ensueño que de la realidad; de la leyenda más que del transcurrir cotidiano; tanto en él se aúnan la rectitud y el amor; la dádiva total y la visión profética; lo que fué y lo que pudo haber sido.... Ser de la tierra en quien Dios puso todas sus gracias y fueros; todas sus irradiaciones de verdad y todos sus estremecimientos de conciencia.

A la Juventud Dominicana que a veces se extravía por por malos vientos extraños y a los pecadores de ayer y de hoy que tanto tienen que arrepentirse de sus hechos y absurdos, bien les vendría volver la vista de cuando en cuando hacia este predestinado de la Gloria, que todo lo dió y nada quiso para sí; que tanto sufrió y nada mereció de la Patria. La estela de su identidad y de sus enseñanzas bien podría ser panacea para las mentes ávidas y los espíritus despiertos que a veces se apacientan en la soledad y el silencio. Así el altruismo de su existencia seguiría floreciendo en los predios de la inmortalidad. Y el fundador de la República continuaría alzando la República por insospechables metas de serenidad y bonanza.

**DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAN**

ROSTROS PATRIOS

¡ A g u r !

No son los rostros pegados a mis pupilas,
aquellos, los de la lejana infancia.
Son los que hoy, bajo bóveda de piedra o cielo,
defendieron con espada y pensamiento
la Cruz y la Bandera.

Son los rostros anteriores a mi existencia,
los que fueron antes de que yo naciera.
Los veneré por la historia en mi tiempo,
y seguirán presentes después de mi partida
en la Cruz y en la Bandera.

—Así yo quiero que pienses, ¡Hijo!
Y los hijos de tus hijos....
Volveremos a encontrarnos a la vuelta,
en mi pueblo o en otros pueblos;
y la Patria será eterna.

Antonio Frías Gálvez

Del libro inédito
CANTARES A MI PUEBLO
(Macorís del Mar, Voz Antillana)

**RESUMEN DE LA DISERTACION PRONUNCIADA POR
EL PRESIDENTE DEL INSTITUTO DUARTIANO EN
OCASION DE LA INAUGURACION DEL CENTRO
DUARTIANO EN SANTIAGO**

Desde la capital hemos venido a esta hidalga e histórica Santiago, evocadora de dos momentos cumbres de Duarte, para dejar inaugurado el Centro Duartiano de Santiago.

El I. D. se dedica al estudio, difusión y culto de Duarte. Pero el culto de Duarte no es una finalidad que se agota en sí misma. Es también un medio para una finalidad ulterior muy importante.

Los dominicanos necesitamos reforzar la unidad espiritual de la nación a base del culto a nuestros héroes. Es este el propósito último del Instituto.

La biografía de Duarte y de nuestros héroes ofrecen muchos incentivos para unir a los dominicanos en el amor, la admiración y la gratitud hacia ellos.

Este culto, unido a la indeclinable decisión dominicana de que este país siga progresando y prosperando para felicidad de sus habitantes, es lo que nos debe unir a todos. Es necesario que la República sea cada día más rica, más culta, más ordenada, más civilizada. Es necesario llevar al máximo el fomento de todos nuestros recursos. Es necesario que aprendamos a llevar una vida disciplinada. Es necesario que nuestras leyes, la ejecución de nuestras leyes y la aplicación de las mismas por los tribunales y por las autoridades, sea siempre la expresión del

bien para todos, de la justicia para todos, gobernantes y gobernados, empresarios y trabajadores, profesionales y artesanos. Es necesario que nuestros debates internos jamás degeneren en consecuencias negativas y catastróficas ni interrumpan el progreso del país.

Si nuestro Instituto ha de ser duartiano, no solamente por el nombre sino por el espíritu, este anhelo ha de marcarle su meta última y definitiva.

El Instituto Duarteano se irradia en los Centros Duarteanos.
¿Para qué se crean los Centros Duarteanos?

Los fines de los Centros Duarteanos se confunden con los del Instituto Duarteano. Son los mismos: estudio de Duarte; difusión de Duarte; culto a Duarte. También seguir el ejemplo duartiano y al mismo tiempo dar ejemplos duartianos.

Y como Duarte es un símbolo al cual le es inherente todo lo bueno para la Patria; todo lo que honra y beneficia a la Patria; todo lo que hay de positivo y noble en el ser dominicano, el Instituto Duarteano y los Centros Duarteanos deben estudiar y reverenciar a los otros Padres de la Patria, a todos los héroes de la Patria. Un buen duartiano debe rendir homenaje a todos los próceres que han servido a la República.

Aquí están las normas dictadas por el Instituto Duarteano para los Centros Duarteanos. Son veinte y una normas.

Me referiré a algunas.

En la primera y segunda se les recomienda a los Centros Duarteanos mantenerse en estrecho contacto con el pueblo, con la juventud; más concretamente con los profesores y alumnos de las escuelas, con las autoridades provinciales y municipales, con la Iglesia, con las otras comunidades cristianas, con las instituciones y clubes que persiguen fines altruistas, concordantes con las ideas duartianas, excluyendo todo cuanto ofrezca el más leve cariz político partidista.

Deseo subrayar la importancia del contacto con las escuelas.

La mejor ocasión es la enseñanza de la historia, y, sobre todo, la enseñanza moral y cívica. Esta asignatura es impor-

tantísima para la formación del buen ciudadano. Por eso el Instituto se interesa especialmente en ella. Ultimamente resolvió celebrar un seminario para estudiar el mejor modo de servir esta asignatura, tomando en consideración el personal docente y los libros de texto, y planteando la conveniencia de completar las lecciones sobre virtudes, deberes y derechos con ejemplos tomados de las biografías de Duarte, Sánchez, Mella, Pina, Pérez, Duvergé, Luperón, Espaillat, Meriño, Billini, Rojas, Bonó, Tejera, García, etc. De este modo la instrucción moral y cívica se convertiría en altar de próceres y en fragua de la unidad espiritual de la nación.

A este seminario serán especialmente invitadas las autoridades competentes, algunos profesores y los autores de encomiables textos de moral y civismo actualmente en uso, señores Domingo Octavio Bergés Bordas, Rosa A. Vincent Cepeda, Aurora Tavares Belliard y José Medina P.

Otras normas sugieren que los Centros Duarteanos sean esencialmente lugares de estudio. En el empeño de que este propósito sea una realidad, el Instituto publica su boletín trimestral y lanza de tiempo en tiempo a la publicidad sus volúmenes, ofreciendo en ellos abundante material de estudio. Su deseo es poner al alcance de todos, una cantidad de escritos y documento hasta ahora muy difíciles de conseguir y que sólo algunos estudiosos e investigadores tenían a su disposición.

A propósito del compromiso de estudiar que contraen los miembros de los Centros Duarteanos, quisiera señalar que la norma décimo octava dice que cada Centro debe poner preferente atención a la investigación de la relación que haya entre Duarte y el lugar en que radica el Centro.

A este respecto, la ciudad de Santiago presenta un amplio margen para el estudio.

Duarte estuvo en Santiago en momentos culminantes de la historia patria. En momentos en que se jugaba muy peligrosamente la suerte de la República.

Se puede aquí evocar la presencia de Duarte en Santiago en 1844. Se puede estudiar la cuestión de su proclamación para la presidencia, y la cuestión de su actitud ante esta proclamación. También el proyecto duartiano de constitución y el men-

saje a los puertoplateños, del 20 de julio, que fué escrito en Santiago y es el único indicio documental de su difícil posición.

Puede evocarse asimismo el retorno de Duarte en el 1864 durante la guerra de Restauración. El estuvo en Santiago del 4 de abril al 25 de junio de aquel año. El Centro Duartiano de Santiago puede hacer el estudio de la actitud y decisión del Gobierno Provisional respecto de Duarte, y el efecto que produjo en el ánimo de Duarte el artículo publicado por el "Diario de la Marina", de la Habana, destinado a dividir los intelectuales de los guerreros, en plena lucha restauradora.

Y ahora, después de llegar a este punto, sólo nos resta formular votos porque este Centro tenga una larga vida y pueda realizar una fecunda labor duartiana en bien de la Patria.



RAMON MELLA

Por Manuel de Jesús Galván (1)

Aun no se han extinguido los ecos del entusiasmo popular, glorificando en diversos tonos el cuadragésimo aniversario de la República, día en que el patriotismo evoca los heroicos recuerdos de un pasado fecundo en esfuerzos y sacrificios de la generación viril que quiso y supo crear la nacionalidad dominicana. Aun llenan el espacio los vítores a la memoria de los héroes que ya duermen el sueño de la tumba; los cantos de poetas más o menos aventajados; los discursos de patriotas y literatos; las bendiciones, pronunciadas en prosa o versos por los labios hechiceros de alguna niña candorosa; todo ello dando fé y testimonio de que el corazón del pueblo vive y late, a impulso de los grandes sentimientos, como un arpa eólica al roce de las auras errabundas.

El nombre de Ramón Mella ha resonado confundido con los de los héroes más simpáticos de la epopeya nacional. Nada más justo que repetir con patric orgullo ese nombre, que es el de uno de los hijos más ilustres del suelo dominicano; el de uno de los hombres mejor templados por la Naturaleza; raro ejemplar de un carácter completo, igual, consecuente en sus principios y sus fines; de un corazón magnánimo, siempre lleno de ideales superiores a los puntos de vista limitados de la pueril vanidad y de la

(1) Revista Científica, No. 3, año II, Santo Domingo, 25 abril 1884. Reproducido en El Eco del Pueblo, Santiago, 18 mayo 1884; y en la Analectas, S. D., vol. VI, No. 5, 1º nov. 1934.

loca pasión humana: hombre de pensamiento y reflexión de inteligencia vasta y bien cultivada; incapaz de temor, audaz por prudencia, y pronto a la acción y al sacrificio cuantas veces columbró un objetivo digno de su esfuerzo, este insigne dominicano se ofrece al estudio del historiador imparcial con las relevantes cualidades de abnegado patriota, militar esforzado y hábil estadista.

No disponemos de espacio suficiente para exponer a la consideración del lector los hechos con que MELLA honró a su nombre y a su Patria, acompañados de aquellos pormenores y reflexiones que serían necesarios para hacer estimar en todo su valor los quilates bien probados del eminente prócer, y la influencia que sus altas cualidades ejercieron en los más importantes sucesos políticos y militares del interesante período comprendido entre la creación de la independencia de la República Dominicana y su restauración. Nos limitaremos, por tanto, a bosquejar brevemente los rasgos principales de aquella ilustre existencia, en espera del deseado día en que contemos con la calma de espíritu y los elementos indispensables, para narrar, siquiera sea en pobre estilo, pero libres de afectos y de odios, aquellos sucesos, que mucho importa sean conocidos de la generación presente, y referidos a la posteridad, depurados de las falaces alucinaciones que suelen extraviar los juicios contemporáneos.

Nació Ramón Mella y Castillo en la ciudad de Santo Domingo, el 25 de Febrero de 1816, y sus excelentes padres cuidaron de darle la mejor educación que podía proporcionarse en los años de decadencia y oscurantismo que coincidiendo con la adolescencia de su hijo, transcurrieron bajo la infausta dominación del haitiano presidente Boyer. El joven Ramón, que en el hogar paterno había nutrido su alma con los más sanos y elevados principios, pronto dejó ver la insuperable aversión que sentía hacia el oprobioso yugo que pesaba sobre su patria, y bajo la influencia de este sentimiento preponderante en él, como siguiendo un impulso instintivo, se unió estrechamente con todos aquellos de sus compatriotas que se hacían notar por igual predisposición hostil hacia los dominadores. Allí donde esa predisposición se manifestaba más enérgicamente, con mayor im-

prudencia y audacia, allí era seguro encontrar al intrépido MELLA, cualquiera que fuese la clase de los contendores. Su valor y la destreza que adquirió en el manejo de las armas, le sirvieron para intervenir victoriosamente en todos los lances en que se veían empeñados con frecuencia los compañeros de su juventud, o los rudos hijos del pueblo que eran blanco de las agresiones armadas de multitud de haitianos que andaban siempre en grupos, estorbando los bailes y diversiones nocturnas. En esos lances terciaba inopinadamente, la espada de Ramón Mella, quien asumía entonces el carácter de principal actor de la fiesta, castigando duramente a los atrevidos agresores, y haciéndolos huir bien escarmentados, persuadidos de la imposibilidad de avasallar y vejar aquella raza de leones.

No se presume por este dato que Mella era en su mocedad lo que se llama un calavera, amante de la vida alegre y de vulgares locuras. Lejos de eso, las nobles aspiraciones de su alma ardiente y generosa se manifestaban en la austeridad de sus costumbres, en la seriedad de sus discursos y conversaciones, como en la gravedad y compostura de toda su persona, dotada por la naturaleza con un sello singular de circunspección y autoridad. Era que instintivamente, Mella, como Francisco Sánchez, Pedro A. Pina, Juan Isidro Pérez, Remigio del Castillo y los demás jóvenes de la distinguida falange que después ilustró tan gloriosamente, concibiendo y proclamando la independencia nacional, sintieron muy temprano la vocación patriótica, y cedían, cada cual a su modo, a las inspiraciones de esa vocación. Así ellos eran como la levadura que había de fermentar saludablemente en la masa popular, manteniendo vivo el espíritu de libertad, y enhiesta la barrera moral que siempre separó insuperablemente a los dominicanos de sus dominadores. Ellos, inconscientemente sin duda, preparaban los ánimos a la revolución, y daban ejemplos diarios de virilidad y altivez a los que, por su ignorancia y por la humildad de sus profesiones y oficios, habrían tolerado la infamante servidumbre, quizás perdurablemente. Esa juventud era toda corazón, y para dar realidad y formas determinadas a su obra libertadora, necesitaba solamente como complementos indispensables, una cabeza inteligente y un brazo esforzado: la cabeza surgió a buen tiempo entre ellos, personificada en un varón ilus-

tre, de quien ya se ha dicho todo el bien que hay que decir; el brazo, Dios lo suscitó en el momento crítico, como suscitó un día a Josué, a Jephté, a Gedeon. Mal apreciado su esfuerzo, mal conocido todavía, el nombre y la memoria de ese hombre-escudo, sobre cuya modesta sepultura se lanza una que otra impía y malsonante imprecación, aguardan el juicio de la pluma imparcial y desapasionada que vindique con patriótica lealtad sus grandes hechos, y explique, sin dejar de censurarlos justicieramente, sus graves errores.

Regresó Juan Pablo Duarte de España, donde completaba su distinguida educación, y en torno de él se agruparon, ora como compañeros ora como discípulos, Mella y su entusiasta círculo de amigos. Al lado de aquel patriota pensador de veinte años, se manifestó el carácter del futuro prócer en todo su esplendor, revelando las prendas que poseía, y sus grandes aptitudes para las pruebas del hombre público. Su discreción, su prudencia en los conciliábulos de la conspiración, y su arrojo para exponerse personalmente en cuantos servicios eran necesarios a la causa, pronto fueron plenamente estimados del iniciador de la separación, que empleó a nuestro héroe en las más áridas e importantes comisiones. Cuando el partido opuesto a Boyer comenzó su propaganda reformista en el sur de Haití, fué MELLA el elegido para ir a entenderse en nombre de los patriotas dominicanos, con el club o sociedad revolucionaria que tenía su principal asiento en Los Cayos, a fin de estimular a los anti-boyeristas a la lucha, ofreciéndoles el apoyo de los habitantes de la PARTE DEL ESTE, como se denominaba por los haitianos el territorio de la actual República Dominicana. Esta comisión confidencial tuvo cumplido éxito, y cuando se proclamó la reforma y Boyer cayó, fué causa de que los patriotas dominicanos, considerados como adeptos del partido vencedor, pudieron dar por unos días expansión a sus trabajos separatistas, y organizarse casi ostensiblemente ante las perplejas autoridades haitianas. En aquellos días, Mella, de regreso en Santo Domingo, concurrió y contribuyó poderosamente al pronunciamiento reformista efectuado en la plaza de la Catedral, el día 24 de Marzo de 1843, el cual costó la vida al Comandante de armas y a unos diez o doce haitianos más.

Los actos despóticos y brutales del Jefe Supremo de la triunfante revolución General Charles Herard Rivière, enardecieron los ánimos de los patriotas, al mismo tiempo que, en presencia de las persecuciones sufridas por muchos buenos dominicanos, los más connotados por la exaltación de sus opiniones, tenían que ocultarse los unos y huir al extranjero los otros. Mella aprovechó los días de su forzoso eclipse en completar la propaganda separatista, valiéndose de los medios más ingeniosos para conferenciar con sus amigos, salir de la ciudad y volver a ella, viajando a grandes distancias, sin caer en manos de las autoridades haitianas. Llegó por fin el día del supremo esfuerzo, el glorioso 27 de Febrero de 1844, y sabido es lo que hizo Mella por su parte, desde el momento en que por su oportuno disparo del arma de fuego con que había concurrido al punto convenido, disipó los últimos escrúpulos y vacilaciones de los más tímidos de sus compañeros, dando el primer viva a la República Dominicana, hecho que determinó la ocupación del fuerte de El Conde y la organización de la Junta revolucionaria en que figuró entre los primeros caudillos, hasta que pasó al Cibao y si no se halló en la brillante acción del 30 de Marzo, primer timbre de ilustración de la heroica Santiago, fué porque el bizarro general Imbert, que mandaba en Jefe, le encomendó la Comisión de traer refuerzos desde la Sierra.

No es de este lugar, por la brevedad a que debemos ceñirnos, relatar la parte activa y muy decisiva que en el éxito feliz de la separación tuvieron otros trabajos preparatorios y complementarios en que intervino la política extranjera. Diremos, si, de paso, que no creemos que se haya hecho todavía un concienzudo examen de los medios que otros patriotas experimentados y reflexivos emplearon para asegurar ese éxito y librar la Patria del yugo haitiano: la pasión se interpuso demasiado temprano y dividió a los hermanos que conspiraban a un mismo fin, haciendo que se ofuscaran, hasta el punto de negarse recíprocamente toda virtud y todo mérito. A distancia de esas luchas, todo el que de ellas escriba está obligado en conciencia a reponer cada nombre y cada asunto en su lugar; y por esto creemos que aun no se ha hecho la debida justicia a la memoria del cónsul francés en Port-au-Prince, Mr. Levasseur;

ni se le ha hecho a la influencia de otros agentes oficiales franceses en los acontecimientos de la separación, aunque ya comienzan a disiparse las tinieblas, que de buena fé sin duda, se han esparcido sobre esos acontecimientos, y no hace muchos días que en un periódico de Santiago, EL ECO DEL PUEBLO (2), hemos leído con viva satisfacción las primeras alabanzas, muy merecidas por cierto, que se tributan al nombre de Mr. Juchereau de Saint-Denis, que era cónsul de Francia en Santo Domingo cuando se proclamó la independencia y cooperó eficazmente con su autoridad a la capitulación de las fuerzas haitianas.

Corramos un velo sobre los sucesos posteriores, sobre los graves y tristes yerros a que la pasión y la discordia política indujeron a los caudillos de la revolución, enfrentando como sañudos enemigos, de una parte a los héroes del 27 de Febrero, y de la otra al esforzado general Pedro Santana, vencedor en la batalla de Azua, veinte días después y sus amigos personales. ¿De quién fué la culpa? No nos precipitemos en decirlo, sin consultar todos los datos fidedignos, y oír las disculpas de los contendientes. Bástenos por hoy con deplorar la fatalidad, que así pudo acibarar inmediatamente el regocijo de la familia dominicana, cuando apenas comenzaba a saborear la dicha de llamarse libre, merced a los esfuerzos de sus mejores hijos.

Por consecuencia de aquellos tristísimos sucesos, Mella fué con sus más distinguidos compañeros condenado al destierro, pena que sufrió con la entereza varonil que lo caracterizaba, y que acaso contribuyó a darle aquella madurez de juicio, y la impasible magnanimidad que demostró después en los siguientes sucesos de su agitada existencia. Regresó al país cuando las pasiones de partido se calmaron, y se redujo a la vida privada, a fin de reponer su modesta fortuna, descuidada y en ruina por su consagración al servicio de la Patria. Dedicado a la explotación de un corte de maderas que poseía en la costa solitaria de Puerto Plata, completamente retraído de la política sólo pudieron restituirlo a la vida pública los gravísimos acontecimientos de 1849.

(2) V.B.A.G.N., 1943, No. 28-29, págs. 145-146.

Un fuerte ejército dominicano, disuelto en Azua por la intriga y la traición combinadas; el emperador de Haití, el feroz Soulouque, marchando con sus numerosas huestes sobre la capital de Santo Domingo; nuestros soldados dispersos y sin confianza ya en sus jefes, las familias huyendo al extranjero o a los montes; la consternación en todos los ánimos; tal era el cuadro que la Nación, desarmada y atónita, presentaba por todas partes.

Mella sale de su retiro, y busca ansiosamente a los que quieran morir por la Patria. El Congreso Nacional, presidido por Buenaventura Báez, hace un grande esfuerzo patriótico, y confía al valor de Santana el encargo de salvar la República. Acude el gran soldado desde los campos del Seybo, donde vivía aislado y bajo el peso del rencor de sus adversarios políticos; llama en torno suyo a los que se sientan capaces de acompañarle a la desesperada lid, y unos pocos, muy pocos, responden a su llamamiento. Ramón Mella, dando a generoso olvido los agravios antiguos, fué de los primeros que, como Antonio Duvergé, Juan Contreras y otros bravos de imperecedero renombre, ocurrieron presurosos a la voz del bizarro caudillo, y bajo sus órdenes legaron a la Historia la jornada inmortal de LAS CARRERAS. Aquella portentosa victoria del valor dominicano, en que apenas ochocientos hombres, no del todo bien armados, destrozaron y arrollaron al engreído ejército de Soulouque, compuesto de diez mil soldados de todas armas, fué seguida de un nuevo intersticio de luctuosas pasiones; como si más que otro pueblo alguno estuviésemos predestinados a ofrecer al mundo contrastes y alternativas bruscas, destellos de luz esplendorosa seguidos de negras y malsanas sombras. La guerra civil volvió a cernirse sobre los destinos de la joven República, trayéndole larga copia de infortunios y lágrimas.

MELLA estuvo en su puesto, y como consecuencia del vínculo que establecían entre los vencedores la victoria y los laureles de LAS CARRERAS, después de la caída del infortunado presidente Jimenes, al instalarse el gobierno de Buenaventura Báez fué llamado a desempeñar una cartera en el Ministerio, lo que hizo de mal grado, en espera de la primera ocasión que se le presentara para dimitir y volverse a la vida

del hogar. No tardó en cumplirse su deseo: surgió en el seno del gabinete un desacuerdo, en el cual quedaron dos ministros en minoría, uno de ellos MELLA, que en el acto presentó irrevocablemente su renuncia y se fué a su casa. Permaneció alejado de la política hasta que en 1853 el presidente Santana, que aunque teniéndolo por adversario político lo distinguió siempre con alta estimación personal, acaso por evitar las ocasiones de encontrarse a MELLA otra vez entre sus antagonistas activos, puso el mayor empeño en conferirle el encargo diplomático de ir a negociar con el gobierno de España el reconocimiento de la independencia de su antigua colonia, acto apetecido por todos los dominicanos como la consagración de sus derechos políticos de pueblo libre y soberano. MELLA desempeñó su misión con la mayor dignidad y acierto; hizo resonar el nombre de la República Dominicana del modo más simpático y honroso en las esferas políticas y literarias de la corte de España, y allí contrajo amistad íntima con los más connotados hombres públicos, habiendo sido altamente recomendado por el Conde de Mirasol, apasionado y buen amigo de los dominicanos que le había conocido y tratado cordialmente en Puerto Rico, donde fué mucho tiempo el expresado Conde, Gobernador y Capitán General.

En la ocasión antedicha, MELLA, mal avenido con las demoras y vacilaciones del ministro de Estado español, Señor Calderón de la Barca, que creía imprudente de parte de su gobierno adelantarse en el reconocimiento solicitado a las primeras potencias europeas, se despidió en una expresiva y concluyente nota, pidiendo sus pasaportes; proceder que fué muy bien apreciado de Santana y de todo el gobierno dominicano.

Después no reaparece en el escenario político, sino en la gloriosa campaña de Diciembre de 1855 y Enero de 1856, habiendo contribuido poderosamente con su pericia y su esfuerzo a repeler la invasión haitiana, y a la sangrienta victoria que las armas dominicanas obtuvieron en Jácuba o Sabana Larga. Conjurado así el peligro de la Patria, Mella, siempre desinteresado y modesto, vuelve a sus faenas ordinarias, viviendo la vida ejemplar del buen ciudadano, hasta que en julio de 1857 la ciudad de Santiago, a la voz del general José D. Valverde, se sublevó

contra el gobierno de Báez. MELLA tomó parte activa en aquel movimiento, que se propagó por toda la República, y cuyos últimos actos fueron la toma de Samaná a viva fuerza, que logró el mismo Mella después de largo y penoso asedio, y el sitio de la Capital en 1858, a cuyo éxito contribuyó personalmente. Por algún tiempo desempeñó después la gobernación de la ciudad de Puerto Plata, dejando memoria grata de su mando en aquella importante comarca; pero disgustado de la vida pública se retiró otra vez para consagrarse a sus negocios privados, y en ellos estaba ocupado, cuando supo que peligraba la nacionalidad con el proyecto de anexión a España.

Entonces hizo lo que pocos hicieron: los odios y antagonismos de partido habían enervado de tal modo el patriotismo, que parecía muerto el amor a la independencia, y echaba raíces en muchos ánimos la opinión de que más valía darse al diablo, que ser gobernado por los santanistas. De esto dieron flagrante testimonio la matrícula española que se abrió en el año de 1856, y el pronunciamiento de Domingo Ramírez, Tabera y otros en favor de los haitianos (3), bajo la sugestión de Valentín Alcántara, en 1859. En el primer caso, viendo los numerosos matriculados que desertaban de la nacionalidad, decía Mella que todo se remediaría con envolver al cónsul Segovia en su bandera, y expulsarlo del país; mientras que en el ánimo de Santana entraba el pensamiento de que la inmensa mayoría de los dominicanos quería ligar su suerte a la de España. En el segundo caso, Santana y Mella pudieron creer que el patriotismo estaba muerto; sólo que el primero vió como única salvación posible para sus compatriotas la anexión a España, mientras que Mella jamás capituló con la idea de que desapareciera la nacionalidad. Por esto, al proclamarse la anexión en 1861, Mella se opuso enérgicamente a ella, fué encarcelado, y salió para el destierro.

No quiso regresar durante la dominación española por más que se le invitó a que lo hiciera, brindándole consideración y garantías. Sólo cuando la fama le llevó la noticia del alzamiento nacional, iniciado en Capotillo por Cabrera y Monción, acudió presuroso a ocupar un puesto entre los más denodados patrio-

(3) No en favor de los haitianos, sino en contra de Santana.

tas. Venía ya muy quebrantado de salud, y las fatigas que se impuso para organizar los ramos que se encomendaron inmediatamente a su cargo como uno de los ministros del gobierno revolucionario, agravaron mortalmente sus dolencias. Un supremo y extraordinario servicio, de inmenso valor para la causa nacional, aceleró su fin.

Sabido es que la violencia y las brutalidades sanguinarias del general Pedro Florentino fueron el mayor inconveniente que a los restauradores dominicanos se opusieron para que la revolución cundiera en el Sur de la Isla. Aquel feroz capitán, por sus recelos injustos, por sus bárbaras medidas contra cuantos sospechaba de adictos a los españoles, fué causa de que muchos que amaban de todo corazón la independencia y trabajaban por ella abandonaran las filas de la revolución y se pusieran al lado de las autoridades españolas. El gobierno provisional de Santiago conoció muy pronto el daño y descrédito que aquellos salvajes crímenes inferían a su causa, pero en vano intentó reprimir los desafueros de Florentino. Este se desmandó con los emisarios del gobierno, y siguió haciendo cuantas maldades le plugo. Reservada estaba a Ramón Mella la gloria de purgar la tierra de aquel monstruo, y librar a la revolución de semejante ignominia. Enfermo y todo, fué en persona al teatro de las sanguinosas hazañas de Florentino, y negándose éste a constituirse en prisión, Mella según lo exigían las circunstancias, confió al valeroso Juan Rendón el encargo de prenderle, y de matarlo en caso de resistencia, como así sucedió en efecto.

Este acto vigoroso hizo respetable el gobierno revolucionario, y sirvió inmensamente al crédito y buen nombre de la revolución restauradora. Con él coronó RAMON MELLA una vida de grandes servicios a su patria, y al morir, pudo cerrar los ojos tranquilo, confiando en la resurrección definitiva del objeto de todos sus desvelos y sacrificios, la libertad e independencia de la República Dominicana.

**RESUMEN DE UNA CHARLA PRONUNCIADA POR EL
PRESIDENTE DEL INSTITUTO DUARTIANO EN EL
PUEBLO NATAL DE ANTONIO DUVERGE
EN OCTUBRE DE 1969**

Hormigueros pudiera tener a Duvergé como a una de sus glorias. Lo merece. Es verdad que lo único que hizo aquí fué nacer, pero ello es razón suficiente. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con Beethoven y Bonn. Algo parecido con San Antonio y Padua.

Agradezco la invitación a hablar de Duvergé, porque así se me da ocasión de contribuir tal vez a su mejor conocimiento en su villa natal.

Antonio Duvergé nació en 1806 en Hormigueros, cerca de un ingenio.

Por qué nació en Hormigueros este héroe dominicano?

Sus padres, Joseph Duverger y María Duval, eran unos guadalupeños que vivían y trabajaban al servicio de colonos franceses en Croix des Bouquets, en lo que después fué Haití.

Cuando la sublevación de los esclavos vieron de cerca los horrores de aquella revuelta y tuvieron que huir a la parte española de la isla para escapar de la matanza.

En aquella época (finales del siglo XVIII), Santo Domingo había sido traspasado a la soberanía de Francia, por el Tratado de Basilea, pero allí no había sublevación de esclavos. La situación era muy diferente.

Después de cruzar la frontera se detuvieron en San Cristóbal. Luego pasaron a la región de Higüey.

A principios de 1805, cuando se corrió la noticia de que el jefe del nuevo Estado independiente de Haití, Dessalines, invadía la parte española, los habitantes de las poblaciones se refugiaron en los montes. Los Duverger se dirigieron a la costa oriental higüeyana y se embarcaron rumbo a Mayagüez. Habían sufrido terribles experiencias bajo el dominio de los antiguos esclavos haitianos.

Joseph Duverger encontró trabajo en un ingenio cercano a Hormigueros. Allí nació el futuro héroe a principios de 1806

Como la criatura había sido concebida durante la huida de los padres al campo, por temor a los haitianos, Joseph y María, para perpetuar el recuerdo de aquella difícil situación, le pusieron al niño como apodo, además del nombre, una combinación de palabras, un poco arbitraria, que en francés-creole significaba "concebido en el bosque". Le pusieron "Boisconçu".

En 1808 volvieron los Duverger a Santo Domingo y se establecieron en el Seybo. Después pasaron a San Cristóbal.

En San Cristóbal creció y trabajó como agricultor Antonio Duvergé.

Se casó el 27 de agosto de 1831 con María Rosa Montás. El matrimonio tuvo cuatro hijos varones y tres mujeres.

Antonio Duvergé era vigoroso y dinámico. Llevaba una vida muy activa. Se mantenía viajando a lomo de mula por los campos del Sur, desde San Cristóbal hasta la frontera en sus ocupaciones de ganadero y comerciante. Era de aspecto atractivo y de trato simpático. De tez blanca trigueña y ojos verdes, su jovialidad y seriedad le ganó muchas amistades en la región.

No obstante su origen extranjero, se sentía dominicano hasta la médula y mantenía un sentimiento de inconformidad indesmayable ante la situación de su país de adopción, ocupado por Haití desde 1822. Su vida dura y disciplinada y su trato con los demás hacían traslucir sus instintivas dotes militares. En varias ocasiones había puesto a prueba su valor.

Cuando la trama iniciada por Duarte y los Trinitarios se extendió hasta los campos del Sur, fué iniciado en la conspira-

ción para la independencia. Se consagró a ella arduamente. Se hizo cargo de preparar militarmente, en secreto, un contingente de hombres en la hacienda de la familia Soñé en el lugar de "Las Yayitas".

Al proclamarse la república el 27 de febrero de 1844, se dirigió inmediatamente a la capital a recibir órdenes porque el Corregidor de Azua, Buenaventura Báez, se oponía al movimiento de independencia, ya que pertenecía al grupo de los que favorecían un protectorado de Francia.

Al regresar a la región del Sur, con las instrucciones solicitadas y el cargo de Delegado del Gobierno, fué de pueblo en pueblo organizando los pronunciamientos.

En la batalla de Azua, el 19 de marzo de 1844, él y sus tropas se distinguieron en la acción para rechazar la acometida haitiana encaminada a recuperar el territorio proclamado independiente.

La retirada inexplicable de Santana a Baní, causa estupor, desaliento y desconcierto. Los haitianos ocuparon Azua de nuevo y quisieron avanzar hasta la capital.

El 13 de abril Duvergé y su división detienen su marcha en las serranías del Memiso.

El jefe haitiano Charles Herard abandona Azua y se retira a Haití por causa de este triunfo y porque hay revuelta interna en su contra.

Duvergé es el primero en entrar de nuevo a Azua. Es el jefe natural de toda la región, hasta la frontera, además de tener el cargo de Delegado del Gobierno. Allí batallará durante casi seis años en defensa de la bandera dominicana.

Después de la retirada haitiana, Duvergé comienza a prepararse para llevar los colores dominicanos hasta la misma línea fronteriza trazada conforme al Tratado de Aranjuez para dividir las colonias española y francesa.

El fuerte de Cachiman, en la frontera, estaba todavía ocupado por el enemigo. El 6 de diciembre de 1844 realizó el asalto con un escuadrón de caballería de 70 hombres, y 150 infantes. El fuerte estaba en una empinada eminencia formidablemente bien defendida. Duvergé y su tropa lo asaltaron y lo tomaron.

Duvergé estableció su cuartel general en Las Matas de

Farfán y desde allí imprimió a su ejército una organización modelo.

El nuevo presidente de Haití, Guerrier, emprende nueva agresión el 25 de marzo de 1845. En espera del invasor, Duvergé y el coronel Gabino Puello refuerzan los puestos fronterizos y a poco comienzan las escaramuzas.

Bajo la presidencia de Pierrot, los haitianos emprenden recia ofensiva en junio y recuperan a Cachimán. Duvergé organiza tres columnas para conquistarlo otra vez, con el concurso del general Felipe Alfau. El 16 de junio de 1845 se realiza el ataque dominicano. El fuerte está mejor defendido que en diciembre de 1844. Los dominicanos lo toman, no obstante, a sangre y fuego.

Después Duvergé emprende una campaña para llegar hasta la línea de Aranjuez en la parte central, en el bolsón ocupado desde mucho tiempo atrás por población haitiana. Comienza la campaña el 18 de junio de 1845 y diez días después está terminada. Los dominicanos ocupan Hinchá, San Rafael y San Miguel.

El 13 de julio los haitianos atacan a Cachimán y son rechazados. El 21 atacan de nuevo y también son rechazados. El 22 concentran una fuerza imponente y realizan un nuevo asalto en grande escala. Los dominicanos se ven precisados a replegarse a Las Matas.

Este ataque fué parte del plan de Pierrot para recuperar la parte española de la isla. Hubo escaramuzas en muchos otros puntos.

Duvergé se ve precisado a establecer su línea de defensa en la margen oriental del río Yaque del Sur. Se combina con el general José Joaquín Puello para atraer hacia la sabana de Santomé a las tropas haitianas, pero éstas lo evitan. La cita de fuego tuvo que ser en el lugar de La Estrelleta el 17 de septiembre de 1845. La victoria dominicana fué completa no obstante la inferioridad numérica y de los armamentos.

Al mismo tiempo se libró y ganó la batalla de Beler contra el ejército haitiano que invadió el territorio dominicano por el Norte.

Después de la victoria de la Estrelleta, Duvergé en persona dirige la contraofensiva y llega con su ejército hasta la frontera misma. En el Norte no había podido destruirse todavía la ofensiva haitiana. La batalla decisiva en el Norte fué la heroica toma del fuerte de Beler el 27 de octubre de 1845.

Duvergé, comandante en jefe de los ejércitos del Sur, se mantuvo en permanente vigilancia después de la victoria rechazando en 1846 y 1847 cuantas incursiones haitianas se producían.

Al pasar la presidencia de Haití de Pierrot a Richet, el estado de guerra fué sólo latente. Duvergé compartió entonces su jefatura militar con labores agrícolas.

La República llevaba ya cuatro años de fundada y en ella hervían las intrigas partidistas internas. Duvergé se mantuvo ajeno a estas pugnas de las pasiones y los intereses políticos. Él era sólo un soldado, el "centinela de la frontera".

El nuevo presidente de Haití, Soulouque, prepara una nueva invasión. En Santo Domingo hay también nuevo presidente. A Santana sucede Manuel Jimenes el 8 de septiembre de 1848.

Ante las evidencias de que una nueva agresión se preparaba en Haití, Duvergé lanza su proclama del 18 de diciembre de 1848. Un párrafo dice: "Ningún derecho os asiste —le dice a los haitianos— sobre la República Dominicana; nada teneis que buscar en ella si no es fatigas, miserias, necesidades, quebrantos y una muerte segura que reservamos al que ose profanar nuestro suelo en el filo de nuestros machetes, en la punta de nuestras lanzas y en la boca de nuestros fusiles." Fué difundida en español y en francés.

Esta proclama indujo a Soulouque a aplazar sus planes de invasión. Ensayó entonces el soborno con militares dominicanos en la frontera. Conociendo a Duvergé, tramó su muerte en lugar de intentar sobornarlo, pero el héroe fué advertido a tiempo.

La invasión se inició el 1º de febrero de 1849 por el Sur. Fue rechazada por Duvergé. El general Valentín Alcántara, ayudante de Duvergé, sospechosamente se deja hacer prisionero con su gente. Por otra parte, el gobierno presidido por Manuel

Jimenes no se muestra a la altura de la situación. Esta circunstancia es aprovechada por Soulouque para emprender nuevo asalto el 5 de marzo de 1849. La resistencia dominicana cede ante la magnitud del ataque. Duvergé erige nuevas defensas a orillas del Yaque del Sur. Más tarde se repliega a Azua. El 23 de marzo va el presidente de la República a Azua y es recibido con irrespeto y hostilidad por algunos jefes militares. Ha incurrido en el disgusto de la tropa por haber reincorporado al ejército al dudoso Valentín Alcántara, que había sido libertado por Soulouque.

Duvergé, empujado por encima de las pequeñeces humanas, hace esfuerzos por rehacer la moral militar. El presidente Jimenes opta por volver a la capital. Entre la gente de armas crece un movimiento tendiente a que se llame a asumir el mando el anterior presidente general Pedro Santana.

El 5 de abril se presenta frente a Azua el general haitiano Geffrard intimando la rendición. Luego la ataca y la toma. Duvergé logra reunir su tropa algo dispersa y rehace la defensa desde el mar hasta la cordillera para evitar el avance haitiano hacia la capital.

Mientras tanto el Congreso Nacional, presidido por Buenaventura Báez, llama al general Santana el 3 de abril, contra la voluntad del presidente Jimenes. Desde entonces disminuye la autoridad del presidente y Santana es nombrado Jefe Adjunto de las fronteras del Sur.

Duvergé ha cubierto con sus diferentes batallones todos los pasos posibles hacia la capital, en las estribaciones de la cordillera. Comienza una campaña de montaña. Las tropas de Geffrard suben por las escarpadas laderas de la sierra del Número. Allí les espera la gente de Duvergé y les infligen tremenda derrota el 17 de abril de 1849.

Urgido de agua, el ejército haitiano derrotado se acerca a la orilla oriental del río Ocoa, por el paso de Las Carreras. Guerrillas de Duvergé las castigan duramente en Monte la Guardia. Allí se revela José María Cabral como estratega valiente.

Después de la acción del Número, el militar francés enrolado en las filas dominicanas François Sognet elogia las táct-

ticas de Duvergé, que consistían en la formación de "rompe-nueces", diversas de las tácticas napoleónicas.

El ejército haitiano está ya maltrecho después de la acción de Monte la Guardia, del cruce de la montaña y de la falta de agua. Geffrard ataca el cantón dominicano de las Carreras, tratando de llegar al río Ocoa para proveerse de agua, pero es rechazado el 20 de abril. El 21, vuelve a atacar el cantón a las 5 de la tarde, y es nuevamente rechazado. Más escaramuzas el 23 contra el ejército haitiano, prácticamente en retirada. Los invasores dejan el campo el 24.

Al regresar de la campaña, el general Santana se rebela contra el presidente Jimenes. Todos los generales del ejército del Sur convienen en firmar el pronunciamiento del 9 de mayo, menos Antonio Duvergé. Cuando Santana le invitó a poner su firma dijole: "General, yo sólo empleo mis armas para pelear contra el haitiano; pero nunca tomaré parte en discordias civiles; en este caso, haré mucho por ser neutral".

A consecuencia de este rasgo, Santana ordena la prisión de Duvergé. Lo hace encerrar, con otros patriotas, en la Torre del Homenaje de la ciudad de Santo Domingo. Se formaliza la elección de Santana como jefe del ejecutivo el 30 de mayo de 1849. El Congreso Nacional, a iniciativa de su presidente, B. Báez, le otorga a Santana el título de "Libertador de la Patria" el 18 de julio siguiente.

Por orden de Santana se le instruye proceso a Duvergé por considerarlo como supuestamente involucrado en la traición de Valentín Alcántara. Nada arroja en su contra la primera instrucción. Al contrario, y no obstante que los testigos son adictos incondicionales de Santana, su nombre queda limpio de toda sospecha. En una segunda instrucción, también ordenada por Santana, una comisión militar no logró tampoco concretar un solo cargo contra el héroe. De las declaraciones de los testigos más bien se desprende una actitud clara, honrosa, patriótica en Duvergé. Se le hace comparecer, sin embargo, el 3 de diciembre de 1849, ante un Consejo de Guerra. Después de tres días y noches de interrogatorios y debates, fue declarado inocente por el Consejo de Guerra.

Como Santana veía en Duvergé al caudillo militar que

podía hacerle sombra, montó en cólera cuando se le informó del descargo de Duvergé. Entonces, Buenaventura Báez, quien ya ocupaba la presidencia de la República, para calmarlo, dispuso arbitrariamente el confinamiento de Duvergé en la ciudad de Seybo, el baluarte del santanismo y donde el ambicioso jefe militar tenía su finca del Prado.

En noviembre de 1850 el presidente Báez decreta una amnistía en favor de adversarios políticos, pero a Duvergé se le deja confinado en el Seybo. En junio de 1851 se decreta otra amnistía que tampoco abarca a Duvergé.

En mayo y septiembre de 1851 hay amenazas de invasión haitiana por la frontera del Sur y la consiguiente movilización. A Duvergé no lo llama Báez para prestar servicios en la defensa de la Patria, no obstante ser el militar de más brillante hoja de servicios en aquella región.

La situación de Duvergé empeora desde el 15 de febrero de 1853, en que Santana retorna a la presidencia de la República. Se omite su nombre en el decreto de amnistía expedido por Santana en julio del mismo año.

El 23 de septiembre de 1854 se vota una Constitución de corte dictatorial, que sustituye la anterior Constitución liberal.

A principios de 1855 Santana descubre una gran conspiración dirigida por Báez, que ya es su enemigo, desde el extranjero. Duvergé y Fco. del Rosario Sánchez habían sido invitados a asociarse a la trama y habían aceptado, quizás para impedir que el movimiento, en caso de triunfar, degenerase en un nuevo despotismo. Duvergé fue delatado y perseguido.

Se dictó un decreto el 31 de marzo de 1855 castigando con la muerte a quien ocultara al general Duvergé. Una mujer que conocía el escondite del héroe fue amenazada de muerte y torturada para que lo revelara. Así condujo a los esbirros de Santana a donde estaban Duvergé y sus hijos.

Se le pasó causa sumarísima y sin oírle se le condenó a muerte por una comisión militar el 11 de abril de 1855, junto con su hijo Alcides, los coroneles Tomás de la Concha y Juan Ma. Albert y otros.

Llevados los reos junto a la tapia del cementerio del Seybo, a Alcides Duvergé, hijo del héroe, lo fusilaron primero, en su

presencia. Antes de morir le tiró su sombrero a su perro "Corsario".

En humilde sepultura estuvo el cuerpo de Duvergé hasta 1892. En aquel año fué glorificada su memoria y se llevaron sus restos a sepultar en el Santuario de nuestra Señora de la Alta-gracia en Higüey.

En 1911, en imponente apoteosis, sus despojos fueron llevados a la ciudad de Santo Domingo y depositados en la Capilla de los Inmortales de la catedral, para hacerles compañía a las cenizas de Duarte, Sánchez y Mella.

Los tres padres de la patria dominicana consagrados por la tradición son Duarte, Sánchez y Mella. Empero Antonio Duvergé, puertorriqueño por su nacimiento (nacido en esta ciudad de Hormigueros), por el valor imponderable de su obra de defensa y sostenimiento de la nueva nación en la frontera del Sur, por su ejemplo de patriota inmaculado en los orígenes de la República, por la magnitud de su sacrificio, bien pudiera ostentar, él también, el título honroso de Padre de la Patria.

DUARTE MILITAR

Por *Pedro Troncoso Sánchez*

Cuando Juan Pablo Duarte, de veinte años de edad, regresó de Europa en 1833, después de casi un lustro de ausencia, acariciaba ya enérgicamente en su mente la idea de formarse en el aspecto militar como requisito indispensable para emprender la obra de emancipación del pueblo dominicano, sometido a infamante yugo desde 1822.

Trajo consigo algunos libros sobre táctica y estrategia. El interés de Duarte por los estudios teóricos militares lo revela el hecho de que de los tres libros conservados, que fueron de su pertenencia, uno es *Instruction theorique et pratique d'artillerie a l'usage des élèves de l'Ecole Militaire de Saint-Cyr*, por M. Thiroux (junto con una traducción parcial al español, hecha por el patricio) y otro es un *Manual de la táctica de las tres armas*, por Martín de Rosales, que llevó a Santiago en 1864.

Trajo también consigo Duarte, a su regreso de Europa, un equipo para aprender y practicar la esgrima, que utilizó en su adiestramiento y el de sus compañeros, que habitualmente realizaban en el patio del almacén del padre del prócer, contiguo a la Atarazana.

Esta firme disposición de Duarte a combatir por la libertad de su pueblo es lo que explica la contestación que le dió a su amigo el presbítero doctor Manuel María Valverde cuando éste le expresó el deseo de saber qué era "lo que más le había llamado la atención y agradado más en sus viajes".

La respuesta de Duarte no fué una respuesta frívola, como hubiera sido lo normal en un joven de su edad. Fué esta otra: "Los fueros y libertades de Barcelona. Fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria".

En esta resuelta actitud se había transformado el sentimiento de vergüenza que cinco años atrás le había provocado la escarnecedora reprimenda que recibió del capitán del barco que lo llevaba al extranjero cuando con palabras duras y despiadadas éste le mostró al adolescente lo absurda de la situación que soportaban los dominicanos en aquellos días.

"Duarte desde su regreso —dice en sus Apuntes su hermana Rosa—, no pensó en otra cosa que en ilustrarse y allegar prosélitos".

Movido sin duda por el propósito de adquirir experiencia práctica militar, lo vemos ya en 1834 enrolado en la Guardia Nacional como "furrier" de una compañía. "La revolución seguía su curso", comenta Rosa Duarte.

Cuando en julio de 1838, considerando aquel hombre excepcional que el ambiente estaba maduro para acometer metódicamente la empresa libertadora, fundó la sociedad secreta de los trinitarios, la primera decisión de ésta fue nombrar a Duarte general en jefe de los ejércitos dominicanos, a Sánchez, Mella, Pina, Pérez y Vicente Celestino Duarte coroneles.

No hay duda pues de que bajo un concepto estrictamente militar se fundó la agrupación patriótica y que dentro de un marco de disciplina y normas militares fué como se extendió y ramificó en todo el territorio dominicano la conspiración independentista. Los términos tajantes del juramento del día de la fundación no dejan tampoco lugar a dudas respecto de la severidad militar de la ley que iba a regir en lo adelante a aquel grupo de jóvenes.

En aquellos días aurorales, en los ocultos canales de la trama revolucionaria, Duarte era un general en jefe, pero públicamente, desde 1842, era un modesto capitán de la Guardia Nacional, elegido por el propio cuerpo. Por indicación de él mismo, casi todos los compañeros trinitarios y buena parte de los llamados "comunicados" engrosaban también las filas de aquel instituto militar de policía. Era el mejor modo de adies-

trarse en el manejo de las armas, sin riesgo alguno, y de formar así el primer núcleo de fuerza que realizaría y sostendría la independencia, junto con los muchos dominicanos enrolados en los regimientos 31 y 32 del ejército haitiano, destacado en la ciudad de Santo Domingo.

La primera acción de tipo militar encabezada por Duarte tuvo lugar el 24 de marzo de 1843. Ese día, junto con el opositor haitiano Etienne Desgrottes, y los trinitarios principales, promovió un movimiento para extender hasta la parte dominicana de la isla la revolución que había estallado en la parte haitiana contra el dictador Boyer. Pero la guarnición de la ciudadela, contrariamente a como se esperaba, no se plegó enseguida al movimiento y hubo en la plaza de armas (hoy de Colón) un choque armado del que resultaron muertos y heridos.

Tuvo Duarte que trasladarse ocultamente a San Cristóbal, y allí consiguió, ayudado por el comandante Juan Esteban Roca, la adhesión del haitiano comandante de armas de aquella plaza. Entonces volvió con fuerzas sobre la capital y así logró la capitulación y embarco de los jefes militares leales al derrocado Boyer.

Duarte tomó parte en aquella revuelta haitiana por una razón estratégica: Entendía que para el triunfo del movimiento emancipador era indispensable la caída de aquel fuerte y organizado régimen bajo el cual se había consumado y mantenido por largos años la ominosa ocupación extranjera. Él esperaba que a la caída de Boyer sobrevendría en Haití una situación de desorientación y caos, como en efecto ocurrió.

Después del triunfo de la revolución haitiana —llamada de la Reforma— quedó Duarte formando parte de la junta de gobierno de la parte oriental de la isla, en compañía de dos haitianos y del trinitario Pedro Alejandrino Pina. Fue también nombrado coronel jefe de la Guardia Nacional.

En la calidad de gobernante hizo un recorrido por la región del Seybo, aparentemente para elegir y poner en posesión nuevas autoridades obedientes a la triunfante revolución, pero en realidad para trabajar por la independencia. En esta ocasión, y por virtud de su oculta investidura de jefe supremo de la otra revolución, de la dominicana, de la libertadora, al tiempo

que ostensiblemente instalaba la junta popular del Seybo, otorgaba a Pedro Santana el grado de coronel del secreto ejército de la futura República Dominicana.

“Los trabajos de la revolución no eran infructuosos —dice Rosa Duarte en sus Apuntes—. La parte española, hoy República Dominicana —sigue diciendo la admirable hermana del Fundador— era un volcán; sólo esperaba una ocasión propicia para proclamar la libertad”.

Era tan a las claras explosiva la situación en el país a mediados de junio de 1843, que el nuevo hombre fuerte de Haití, Charles Hérard Riviere, consideró necesario hacerle una visita acompañado de un ejército de doce mil hombres para deshacer cualquier trama separatista y restablecer por las armas la tranquilidad.

Con este motivo convocó de urgencia Duarte una asamblea de patriotas, mientras despachaba a Mella para el Cibao, y sometió a los concurrentes un plan para anticipar la proclamación de la República, pero la iniciativa duartiana no fué acogida por todos debido a la escasa probabilidad de triunfo. En aquella ocasión rechazó Duarte la idea de dirigir una petición al jefe haitiano en favor de la autonomía de la parte dominicana, y sostuvo la decisión de procurar la independencia por las armas.

En la ciudad de Santo Domingo se presentó con su ejército el general Riviere el 12 de julio, después de haber ordenado la prisión de Mella y de los conjurados del Cibao.

Como era natural, la persecución más encarnizada fué contra el hombre sindicado como supremo director de la conspiración, y tuvo Duarte que ocultarse y salir luego al extranjero, con la fortuna de que pudo quedarse en el país y asumir la jefatura del movimiento, para reconstituirlo, un patriota valiente e inteligente, tan noble como bondadoso, el insigne Francisco del Rosario Sánchez, bajo cuya dirección fué posteriormente proclamada la República el 27 de febrero de 1844.

Vuelto a la patria, ya liberada, el 15 de marzo siguiente, Juan Pablo Duarte fué recibido como a un libertador mientras el pueblo y el ejército, clamorosamente, daba por descontado que él era el general en jefe de los ejércitos de la República.

Como en aquellos tempranos días de la patria comenzaban

ya a dominar los enemigos del ideal duartiano de independencia pura, partidarios de un protectorado, la Junta Central Gubernativa, presidida por el reaccionario Tomás Bobadilla, no le confirmó el título que lógicamente le correspondía sino que lo nombró en posiciones que si bien no dejaban de ser elevadas, eran secundarias: general de brigada, miembro de la misma Junta y comandante del departamento de Santo Domingo.

El patriótico desinterés de Duarte no paró mientes en la preterición de que fué objeto su persona. Su única preocupación era sostener la obra de liberación lograda; su único deseo era salir a campaña para defender la nueva República con las armas en la mano, frente al contra-golpe haitiano. Para combatir en el campo de batalla se había preparado durante años.

Le preocupó hondamente que el general Santana, después del triunfo del 19 de marzo en Azua, inexplicablemente se había retirado a Baní dando lugar a que los haitianos readquirieran a Azua.

Con la ayuda del trinitario coronel Pedro Alejandrino Pina organizó Duarte a la carrera una división compuesta por la juventud de la ciudad de Santo Domingo y se hizo enviar a los campos del Sur para cooperar con Santana en la contención del avance haitiano y en una guerra ofensiva.

El 22 de marzo, apenas a siete días de su regreso al país, tenemos pues ya al Padre de la Patria en la manigua en Baní, empeñado en convencer al otro jefe de que juntos debían iniciar el ataque. Duarte le propuso a Santana adoptar un plan de campaña en virtud del cual "dando él un rodeo atacaría a Riviere por la retaguardia" y Santana le cortaría la retirada para destruirlo completamente.

No se sabe por qué lado planeaba Duarte este rodeo. Posiblemente contó con los barcos de la improvisada flotilla de guerra dominicana, que estaba en la bahía de Ocoa, para formar una cabeza de playa al Oeste de Azua. Quizás planeó desembarcar con parte de su gente en Puerto Viejo o en Monte Río, mientras otra porción de su división marchaba por las lomas para caer sorpresivamente sobre la ocupada plaza. Alguna acción factible tuvo que haber proyectado. Duarte no era un desparpajado ni un iluso. El sabía planear contando con

factores reales y sabía triunfar. Por eso era ya una realidad la República Dominicana.

Santana lo oyó y se le mostró reservado y reticente. El patricio se fué entonces a su campamento de Sabana Buey y reunió a sus oficiales. Había que prescindir de Santana y actuar por propia cuenta, con la autorización del gobierno. Cada día enviaba un expreso a la capital solicitando permiso para emprender la ofensiva. La juventud bajo su mando estaba deseosa de combatir.

“Todos querían que desobedeciera las órdenes de la Junta y atacar solos a Riviere”, dice Rosa Duarte. Pero el espíritu de disciplina del primer trinitario optaba por pedirle nuevas órdenes a la junta de gobierno. Una de sus reiteradas peticiones, del 1º de abril, dice: “Es por tercera vez que pido se me autorice para obrar solo con la división que, honrándome con vuestra confianza el 21 del pasado, pusisteis bajo mi mando para que, en todo de acuerdo con el general Santana, tomara medidas de seguridad y defensa de la Patria. Hace ocho días que llegamos a Bani y en vano he solicitado del general Santana que formemos un plan de campaña para atacar al enemigo, que sigue en su depravación oprimiendo a un pueblo hermano que se halla a dos pasos de nosotros. La división que está bajo mi mando sólo espera mis órdenes, como yo espero las vuestras, para marchar sobre el enemigo, seguro de obtener un triunfo completo, pues se halla diezmado por el hambre y la deserción”.

La contestación de la Junta Central Gubernativa fué ordenarle regresar a la capital con sólo los oficiales de su estado mayor, dejando la tropa bajo las órdenes de Santana.

Evidentemente eran muy diferentes del de Duarte los planes de Bobadilla y Santana. Las circunstancias inclinan a suponer que querían mantener una situación indecisa como un apremiante argumento para conseguir la intervención de Francia, cuyo cónsul trabajaba apresuradamente para el protectorado mientras una escuadra francesa barloventaba en las costas dominicanas. Para disminuir la culpa de Santana, queremos suponer también que él no consideraba grave el momento y que confiaba en vencer al invasor cuando se resolviera a atacarlo.

Duarte regresó a la capital el 12 de abril. Había estado veinte y un días en el frente. Este regreso de Duarte fué la consecuencia de su gran devoción al concepto militar de la disciplina, y de que todavía no percibía, quizás, la malicia de sus opositores. Además, la noticia del triunfo de las armas dominicanas en Santiago el 30 de marzo había despejado grandemente el reinante sentimiento de incertidumbre y permitió prever otra victoria en el Sur.

De haber atacado a los haitianos contra el querer de la Junta y de Santana, es razonable pensar que el ardor patriótico, la alta moral y la inteligencia de la juventud capitalena, bajo buena dirección técnica, habrían batido la oscura horda invasora, pero también Duarte hubiera dado el primer ejemplo de desobediencia a la autoridad en la historia de la República.

El retorno de su breve campaña fué por otro lado la ocasión para que manifestara Duarte su acrisolada honestidad dejando un ejemplo de pulcritud administrativa que bien debiera constituir la norma de cuantos funcionarios manejan fondos públicos. El mismo día de su llegada devolvió a la Junta, con una detallada rendición de cuentas, la suma de 827 pesos fuertes, resto de los mil que se le habían entregado al salir de la capital el 22 de marzo.

Pero Duarte no permanece tranquilo mientras una parte del territorio nacional está ocupado por el enemigo. No se limita a desempeñar sus cargos en la capital. Piensa, trabaja y se mueve. De entre los pocos documentos que se conservan de aquella época hay uno, una circular marcada con el No. 65, pasada por Duarte como general de brigada, comandante del departamento de Santo Domingo, que permite saber de dos reuniones de la Comisión Militar el 11 de mayo, a la que concurrieron, convocados por él, los generales Francisco del Rosario Sánchez y Manuel Jimenes, el coronel José Joaquín Puello y el comandante Toribio Mañón.

El día anterior había sometido Duarte un plan de campaña a la Junta Gubernativa para marchar a Santiago y salir de allí con una expedición que debía bajar por el camino de Constanza y caer sobre el valle de San Juan para sorprender por la retaguardia y cortarles la retirada a los haitianos acampados

en Azua. El rotundo éxito de la campaña independizadora en el Cibao, sin inexplicables repliegues y estancamientos sino al contrario con decidida acometividad, le había revelado que podía contar más con las fuerzas de aquella región, que con las santanistas del Sur, para luchar por su ideal de independencia pura y contra cualquier intento de mediatización de la soberanía.

Pero, como la vez anterior, la contestación de la Junta fué negativa. En comunicación del 15 del mismo mes de mayo, le dice que "el Gobierno le da las gracias por este ofrecimiento patriótico y creyendo sus servicios en este Departamento más útiles espera que Ud. continúe en su puesto en el ejercicio de las funciones que se le han confiado".

Después de esta negativa, que sorprendió y exasperó a Duarte hasta un grado indecible, la situación se hizo muy tirante entre el patriota y su grupo de una parte y los conservadores plenamente adueñados del gobierno, de la otra. Más tarde se tornó grave a raíz del áspero debate entre Duarte y Bobadilla cuando éste, en la sesión de la Junta del 26 de mayo, planteó sin ambages la cuestión del proyecto de protectorado francés y cesión a Francia de la bahía de Samaná.

Los dos bandos están enfrentados y se vislumbra el desafío. Mientras tanto es Mella, que está en Santiago, quien sale al mando de la proyectada expedición, pero ésta no es ya necesaria por haberse retirado de Azua el general y presidente haitiano Hérard, a causa de haber estallado en su país un movimiento subversivo que lo dejó sin mando.

La actitud desdeñosa de la Junta hacia los verdaderos creadores de la República, sustentadores de una posición nacionalista radical, creó una división entre los hombres de armas. Se perfilaba un partido duartista en oposición a la facción que seguía al general Santana y a la Junta.

Esta peligrosa situación tomó forma más concreta cuando toda la oficialidad de servicio en la ciudad de Santo Domingo, mientras Santana permanecía con sus tropas en los campos del Sur, firmó y dirigió el 31 de mayo de 1844 a la Junta Central Gubernativa una petición formal para que Duarte fuera nombrado general de división, comandante en jefe del ejército; Sánchez, Mella y Villanueva generales de división, y Joaquín

Puello general de brigada. Este documento, firmado por cincuenta y siete oficiales de todas las graduaciones, y en que se le llama a Duarte el caudilo de la revolución, es la prueba de que al immaculado prócer se le reconoció, en pleno período de emergencia, la capacidad moral y técnica necesaria a la posición de mando supremo solicitada para él, así como altas dotes militares a quienes le acompañan en el sitio de la gloria.

Esta petición, que fué como una operación de sondeo para definir posiciones y saber los solicitantes a qué atenerse, fué naturalmente rechazada por la Junta. En la única parte que se acogió fué en lo concerniente al coronel Joaquín Puello, a quien la Junta convino en ascender a general de brigada. Respecto de los demás dijo que "han sido altamente recompensados de los servicios que han hecho a la causa de la independencia". La contestación de la Junta fué expedida el 7 de junio, pero por error material tiene la fecha del 7 de mayo. Días antes, el primero del mes, había habido un acto de reconciliación entre los dos bandos, para llegar al cual el radicalismo de Duarte y los trinitarios tuvo que ceder un tanto para salvar la necesaria unidad nacional en un momento de peligro. Pero este acuerdo fué más aparente que real.

Después del nuevo rechazamiento de la Junta, ya los trinitarios y sus amigos no pudieron llamarse a engaño. Ninguna esperanza les quedaba de que los detentadores del poder orientaran sus actuaciones en un sentido concordante con los principios proclamados el 16 de julio de 1838. Era urgente, era indispensable, era inevitable, un acto de fuerza para completar la obra del 27 de febrero y cortar la evolución que encaminaba al país hacia el protectorado. La acción de febrero había resuelto el problema haitiano. Ahora había que ejercer otra para disipar la grave amenaza de intervención de una potencia europea.

Esta fué la razón del pronunciamiento del 9 de junio de 1844, encabezado por Duarte y Sánchez y escenificado en la fortaleza Ozama. Los febreristas allí reunidos, apoyados por la guarnición, desconocieron la junta presidida por Bobadilla; se dictó orden de prisión contra los principales protectoralistas, que tuvieron tiempo de asilarse en el consulado francés, y se

eligió otra Junta Central Gubernativa presidida por Sánchez, mientras el general Duarte era designado nuevamente comandante del departamento de Santo Domingo.

El nuevo gobierno, liberal y nacionalista, pudo contar con la adhesión de todos los pueblos pero no contó con la sumisión del general Santana, quien se negó a entregar el mando del ejército del Sur al sustituto designado por la recién reestructurada junta, y asumió una actitud de rebeldía.

Duarte había ido al Cibao con una doble investidura civil y militar, para definir la situación en el sentido de la independencia desplazando a los comisionados de orientación santanista enviados anteriormente por la Junta presidida por Bobadilla, pero cuando le llegó la noticia de que el ejército del Sur no había podido ser depurado y Santana se oponía a la evolución iniciada el 9 de junio, dejó Duarte de ser el jefe militar que pudo oponer la fuerza de que disponía a la fuerza de la reacción dirigida por el otro caudillo. El espectro de una contienda civil en aquellos momentos seguramente lo aterró. Materialmente no hizo caso al movimiento del ejército del Norte, encabezado por Mella, para ponerlo en la presidencia de la República. Para él la única solución del conflicto era la reconciliación. De no lograrse, cualquiera otra cosa era preferible a la división interna, a la guerra civil y a la nueva dominación haitiana que hubiera sido su consecuencia. Y así se decidió por la renuncia y el sacrificio.

Aquella fuerza que lo apoyaba se desvaneció y pronto dominó Santana en el Cibao y en todo el país. Duarte fue hecho preso y desterrado.

Pasaron veinte años antes de que volviera a pensar que él era un militar. El incentivo fue saber que la independencia dominicana se había perdido. Él era sólo un soldado de la soberanía. Marcado por la huella de los años y del padecimiento, pero con la misma energía desplegada antes del 27 de febrero de 1844, organizó en Caracas y Curazao una expedición liberadora e hizo acto de presencia en los campos de la Restauración el 25 de marzo de 1864.

“Sonó al hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra y sonó también para mí la hora de la vuelta

a la Patria", fueron las palabras de saludo del nuevamente general Juan Pablo Duarte al gobierno en campaña. "Dispuesto —agregó— a correr con vosotros del modo que lo tengais a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honor y gloria habéis emprendido,'.

En esta formulación duartiana se observa una vez más la disposición a la obediencia, propia del buen militar, con que acudió el héroe de la cita del honor; se advierte en ella la misma actitud de acatamiento a la ley y a la autoridad, manifestada en los días de Sabana Buey.

Pero con gran dolor para el prócer, los adalides de la lucha patriótica prefirieron un Duarte diplomático buscando el apoyo exterior a la causa de la independencia, a un Duarte militar en la manigua dominicana. En realidad era urgente, urgentísima, una ayuda desde fuera, y nadie mejor que Duarte para gestionarla. Al principio se negó a aceptar la misión que se le propuso cerca de algunas repúblicas sudamericanas, porque él había venido a combatir, pero una de esas intrigas a las que era extraordinariamente sensible el creador de la República le hizo cambiar de idea.

Su carta a Espaillat del 21 de abril de 1864 es bien explícita:

"El deseo de participar de los riesgos y peligros que arrostran en los campos de batalla los que con las armas en la mano sostienen con tanta gloria los derechos sacrosantos de nuestra querida patria, y la falta de salud que experimentaba al recibir la nota fecha 14 del que cursa por la cual se me ordenaba alistarme para emprender viaje a ultramar, me compelió con harto sentimiento a renunciar el alto honor que se me dispensaba en la importante misión que se trató de encomendarme; pero al ver el modo de expresarse con respecto a mi vuelta al país el "Diario de la Marina" se han modificado completamente mis ideas y estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aun me jugareis aparente para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia ha sido a servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui mo-

tivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos, y jamás piedra de escándalo, ni manzana de discordia”.

Duarte se fué a cumplir la misión diplomática puesta a su cargo, y una vez más —ahora para siempre— su espíritu de disciplina le cerró el paso a su vieja y secreta ansia de morir por la patria.

Dominicanos ilustres que le vieron en Caracas después de recobrada nuestra independencia dicen que en Duarte era casi una idea fija su rango militar y su preparación para la guerra. Se había quedado con la sed del supremo trance del fuego como culminación y remate de su apostolado político. No de otro modo se explica que Rosa Duarte, como para honrar aquella santa obsesión, haga valer una y otra vez en sus Apuntes la calidad militar de su ilustre hermano, comenzando en el epígrafe, que ella redactó así: “Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte”.

No obstante faltarle el episodio espectacular de la batalla, en Duarte militar hay mucho que aprender. Virtudes militares dignas de imitarse fueron en él la dedicación al estudio teórico de la ciencia de las armas, su fe en la eficacia del ejercicio práctico, su ejemplar espíritu de disciplina, su esencial obediencia al poder civil y el modo como en él se conjuga la profesión militar con la civilidad.

Quizás se adelantó demasiado a su época y al medio en que se movió. Pero esto mismo abunda la razón para que los militares dominicanos lo tengan como modelo. También Jesucristo se adelantó a su época y todavía hoy es meta lejana de perfección del hombre, por lo cual precisamente es faro de la humanidad.

Capitán Juan Pablo Duarte; Coronel Juan Pablo Duarte; General Juan Pablo Duarte. Cuando asociamos el luminoso nombre del patricio con esos grados militares, como que se embellecen y lucen con su más claro y su más noble sentido. Manténgalos unidos sus émulos actuales, como parte de su formación moral.

No hay duda de que una aproximación a Duarte, una asimilación a Duarte, es capaz de mejorar a cualquier hombre do-

minicano. Mejora a los políticos y estadistas; mejora a los maestros; mejora a los administradores. También es capaz de mejorar a quienes están integrados en el sistema de defensa de la independencia e integridad de la República y del mantenimiento de las leyes y del orden público, que fueron los valores más fervorosamente sustentados por el Padre de la Patria.

BIBLIOTECA
INSTITUTO DUARTIANO



Tel. 687-1436
SANTO DOMINGO,
REPUBLICA DOMINICANA

